

EL BANQUETE

PLATÓN

Texto adaptado a partir de la traducción de Rafael Urbano

PRÓLOGO

—Creo que conozco el asunto sobre el cual me preguntáis —exclamó Apolodoro mientras se dirigía hacia Atenas junto a unos amigos—, porque justamente yendo yo hace unos días desde mi casa de Falereo a la ciudad, me llamó un conocido desde lejos y, bromeando por mi lento andar, gritó:

« —Eh, Apolodoro, no corras tanto, espérame.

Me paré y aguardé.

—Precisamente —dijo— hace poco te buscaba, porque quería que me contaras los discursos sobre el Amor que se pronunciaron en el banquete que tuvieron Sócrates, Agatón, Alcibíades y los demás que asistieron a la cena; me lo contó uno que lo había oído a Fénix, el hijo de Filipo, y sin poder concretar más, añadió que tú lo sabías. Cuéntamelo, porque es justo que me des a conocer las palabras de tu amigo. Pero antes dime, ¿tú estuviste o no?

—En verdad —respondí— el que te ha hallado, por lo visto, nada te ha contado con certeza cuando crees que esa fiesta se ha efectuado hace poco y que yo he podido asistir a ella.

—Sí; lo creía.

—¿Y de dónde sacas eso, Glaucón? ¿No sabes que Agatón hace ya muchos años que no ha venido a Atenas, que yo trato a Sócrates sólo desde hace tres años y que procuro más y más cada día saber cuánto hace y dice? Antes de eso yo iba a la deriva, de aquí para allí, creyendo obrar razonablemente, siendo, en realidad, mucho más infeliz que nadie por pensar, como tú piensas ahora, que uno debe hacer cualquier cosa antes que filosofar.

—Déjate de bromas —dijo—, y dime cuándo fue esa reunión.

—Siendo yo niño aún, cuando Agatón obtuvo el premio por su primera tragedia, y al día siguiente de celebrar con sus coristas los sacrificios por su triunfo.

—Mucho tiempo hace, según eso. ¿Quién te lo contó entonces? ¿Fue el mismo Sócrates?

—No, por Zeus, sino el mismo que a Fénix: uno llamado Aristodemo de Cidateneo, bajito, y que iba siempre descalzo. Había estado en la reunión, y creo que era uno de los que más amaban a Sócrates entre todos los de su tiempo. Pero también pregunté luego a Sócrates sobre algunas cosas que aquél me dijo y estuvo de acuerdo con lo que me había referido Aristodemo.

—¿Y por qué no me lo cuentas? —me dijo— El camino que hemos de andar hasta la ciudad es muy a propósito para ello.»

Echamos a andar y fuimos hablando de ello por el camino, de modo que, como os dije al principio, sé de memoria el asunto. Si queréis que también os lo cuente a vosotros, lo haré con gusto.

»Cuando hablo de filosofía u oigo hablar de ella a los demás, no sólo encuentro provecho, sino que hasta siento placer. Cuando oigo, en cambio, conversaciones de otro género, sobre todo las de vosotros, los ricos y hombres de negocios, siento disgusto y os compadezco, porque pensáis, amigos míos, que hacéis algo bueno y no hacéis nada. Vosotros también pensaréis que yo soy un desdichado, en lo cual me parece que tenéis razón. Pero yo no sólo lo pienso de vosotros, sino que, además, estoy seguro de ello.

—Eres siempre el mismo, Apolodoro —exclamó uno de sus amigos—. Hablas tristemente de ti, de los demás, y ya sospecho que tienes por desgraciados a todos los hombres, empezando por ti; a todos menos a Sócrates. Has adquirido esa fama de maníaco no sé por qué; pero lo cierto es que siempre eres así en tus discursos. Tratas agriamente a todos, igual a ti que a los demás. Salvo, siempre, a Sócrates.

—Cierto, amigo mío —contestó Apolodoro—. Pensando así de mí mismo y de los otros, desvarío y estoy loco.

—Bien; no disputemos ahora por ello y haz el favor de contarnos cómo fueron los discursos que te hemos pedido.

—Pues fueron, poco más o menos, así. Pero procuraré contároslo todo desde el principio, tal como Aristodemo lo refirió. Fue de este modo.

ESCENA PRIMERA

Sócrates andaba por las calles de Atenas. Limpio y aseado, como el que acaba de tomar un baño, ese día se había calzado con sandalias, contra su costumbre. Se encontró con Aristodemo que se dirigió a él:

—¿Dónde vas tan engalanado, Sócrates?

—Voy a cenar a casa de Agatón —respondió Sócrates—. No quise ir ayer a la fiesta de los sacrificios en celebración de su triunfo, temiendo a la gente; pero le prometí que asistiría hoy a la cena. Me he engalanado por eso, para ir elegante a casa del elegante. Y tú, ¿estás dispuesto a venir, aunque no te hayan invitado?

—Si tú lo mandas.

—Pues vente, para que no sea cierto el proverbio y lo cambiemos diciendo: «al convite de los buenos van los buenos, aun sin ser convidados».

»Por cierto, —continuó Sócrates— Homero no echó por tierra el proverbio, sino que lo despreció. En su poema, después de presentarnos a Agamenón, distinguido y esforzado en los combates, y a Menelao, flojo y mal guerrero; cuando Agamenón celebra un banquete después de un sacrificio, hace que Menelao vaya a la cena sin ser invitado. Es decir, sienta a un cobarde a la mesa de un valiente.

—Quizá me exponga a no ser como tú dices —replicó Aristodemo—, sino como dice Homero, y siendo un ignorante vaya al convite de un sabio sin ser invitado. Pero tú me llevas y me disculparás, ¿no es eso? Porque yo no digo que voy sin ser llamado, sino convidado por ti.

—Ya que vamos juntos, antes de llegar veremos lo que hemos de decir. Vamos.

Anduvieron juntos, quedándose Sócrates un poco rezagado, sumido en sus propios pensamientos. Aristodemo quiso aguardarle, pero Sócrates le indicó que siguiera adelante.

ESCENA SEGUNDA

Una vez llegaron a la casa de Agatón, encontraron la puerta abierta de par en par, concurrida por el ir y venir de esclavos y criados. Uno de estos, al notar la presencia de Aristodemo, salió a su encuentro y lo condujo al interior donde reinaba un ambiente animado y festivo.

ESCENA TERCERA

—Llegas a tiempo, Aristodemo, para que cenes con nosotros —exclamó Agatón al ver a éste entrar por la puerta—; pero si te trae otra cosa, déjalo para mejor ocasión. Ayer estuve buscándote, por cierto, para invitarte y no te pude hallar. Pero ¿no viene contigo Sócrates?

Aristodemo volvió la cabeza a varios lados buscando al maestro, y al no encontrarlo a su lado exclamó:

—Sí...no. Ha venido conmigo mismo... ¡Si he sido invitado precisamente por él a la cena!

—Has hecho bien; pero ¿dónde está? —insistió Agatón.

—El caso es que venía hace un momento detrás de mí. Me extraña. No sé dónde podrá estar.

Agatón se dirigió entonces a un esclavo:

—Busca a Sócrates y hazle entrar. Tú, Aristodemo, siéntate ahí, junto a Erixímaco.

Mientras lavaban los pies de Aristodemo, según la costumbre en estos casos, el esclavo que había salido en busca de Sócrates volvió a la estancia y dijo:

—Sócrates se ha metido en una habitación inmediata y no quiere venir.

—Qué cosas más raras dices —replicó Agatón—. Anda, llámale, y no le dejes hasta que venga.

Aristodemo interrumpió a Agatón diciendo:

—Dejadlo, tiene esa costumbre. A veces se queda en cualquier sitio y se detiene un momento. Pero vendrá enseguida. No le molestéis. Vendrá.

Agatón, no muy convencido, contestó:

—Bien; dejadlo. Si lo crees así...Pero vosotros, muchachos —dijo dirigiéndose a los esclavos—, servid la comida a los demás. Poned en la mesa lo que queráis, puesto que nadie os dirige ni yo lo he hecho nunca. Haced como si yo, y todos, hubiéramos sido invitados a cenar por vosotros, y cuidado de que todo esté con esmero, para que os prodiguemos nuestras alabanzas.

Tras este breve diálogo, los invitados se acomodaron en los triclinios y los esclavos empezaron a servir. Agatón llamó a un esclavo para darle un recado, pero Aristodemo

volvió a intervenir para disuadirle. Mientras avanzaba la cena entre risas y chanzas, Agatón volvió a intentar mandar a un esclavo a buscar a Sócrates pero, de nuevo, Aristodemo se lo impidió.

Cuando, por fin, apareció Sócrates, Agatón se levantó y se acercó a él:

—Sócrates, ven y siéntate a mi lado, para que se me pegue algo de tu meditación en el vestíbulo. Indudablemente has encontrado lo que buscabas y lo tienes ya, porque de otro modo no hubieras venido aún.

Sócrates se sentó al lado de Agatón y replicó:

—Bueno sería, Agatón, que la sabiduría fuera de tal naturaleza que por el simple contacto de unos con otros corriese desde el más lleno al más vacío, como el agua entre dos copas por una cinta de lana.

»Si la sabiduría fuera así, valoraría mucho estar sentado junto a ti, porque imagino que habría de verme lleno de la abundante y clarísima sabiduría que posees.

»La mía es de poco valor. Muy dudosa. Es como un ensueño; mientras que la tuya, magnífica y esplendorosa ya desde tu juventud, ha brillado anteayer, haciéndose ilustre ante más de treinta mil helenos.

—Burlón estás, Sócrates —dijo Agatón—; pero ya veremos eso más despacio los dos luego, sirviéndonos Dionisios de juez. Pero ahora, cena.

Sócrates, bien acomodado junto al anfitrión, cenó como los demás. Tras hacer las libaciones, beber y entonar los himnos a Zeus, Pausanias empezó a hablar:

—Veamos, amigos míos, de qué modo hemos de beber sin que nos haga daño. Yo, lo confieso, me encuentro molesto por lo mucho que bebimos ayer y necesito un poco de descanso. Creo que a vosotros os pasa lo mismo, porque también asististeis ayer a la fiesta; de manera que veamos cómo podremos beber sin inconveniente.

—Dices bien, Pausanias —intervino Aristófanes—; hemos de procurar moderarnos, porque yo también soy de los que ayer bebieron en exceso.

—Perfectamente —asintió Erixímaco—; pero falta consultar el parecer de uno. ¿Cómo te encuentras, Agatón?

El aludido afirmó encontrarse en la misma situación que los demás, entonces continuó Erixímaco:

—Tanto mejor para Aristodemo, para Fedro y para los demás si vosotros os dais por vencidos, siendo tan valientes, porque nosotros somos siempre ruines bebedores. No hablo de Sócrates, que bebe siempre lo que le place y no le importa lo que proponemos. Así, ya que no hay nadie con deseos de excederse, seré menos inoportuno si os digo unas cuantas verdades sobre la embriaguez. Mi experiencia de médico me ha probado perfectamente que es funesto para el hombre el exceso de la bebida. Evitaré siempre este exceso en cuanto pueda y jamás lo aconsejaré a los demás... sobre todo cuando su cabeza está aún mareada por la orgía de la víspera.

En este punto intervino Fedro:

—Yo acostumbro a suscribir tu opinión sobre todo lo que se refiera a medicina; y en este momento también los demás, si lo reflexionan bien.

Después de estas palabras todos acordaron en que se debe beber, asintiendo a las palabras de Fedro, no para embriagarse, sino para gozar del vino.

—Convenido en que cada uno beba cuanto quiera —continuó Erixímaco— y no se obligue a nadie; propongo, además, que se despida a la joven flautista que hace poco entró, y que toque para sí o, si lo prefiere, para las mujeres que están allá dentro. Nosotros charlaremos, y si queréis indicaré sobre qué asunto podemos hablar.

Todos estuvieron de acuerdo y animaron a Erixímaco a proponer un tema:

—Comenzaré por este verso de *La Melanipa*: «Lo que voy a decir no es cosa mía», ya que la idea es de Fedro.

»Fedro me dice muchas veces: «¿No es curioso que los poetas hayan dedicado himnos y canciones a todos los dioses menos al Amor, siendo tan grande y excelente dios? En las obras de los sofistas de más mérito, como en las del doctísimo Pródico, se ven elogios de Heracles y de otros. Es más: he encontrado un libro de un hombre sabio, en el que se hacen grandes alabanzas a la sal por la utilidad que suministra. Y por este estilo podría citar la celebración y elogio de muchas cosas de este género».

»Creo que Fedro tiene razón al decir que muchos han puesto gran cuidado en ocuparse en esos asuntos y que ninguno se ha atrevido a celebrar dignamente el Amor, dejándolo en el olvido. Deseo pagarle por eso mi tributo, y me parece que los que estamos reunidos aquí podemos honrar al postergado dios. Si os parece bien, éste puede ser el tema de nuestra conversación. Cada uno debe pronunciar, lo mejor que pueda, un elogio al Amor, comenzando de izquierda a derecha, debiendo empezar Fedro, puesto que está sentado el primero y es también el autor de esta idea.

—Ninguno, Erixímaco, votará en contra —dijo Sócrates—. Yo, que hago gala de saber las cosas sólo por amor, no podré oponerme a ello. Agatón y Pausanias no renunciarán a ello, y Aristófanes, que tiene a Dionisios y a Afrodita por toda ocupación, tampoco, así como ninguno de los presentes

»Pero no es la cosa igual de justa para los que estamos sentados los últimos. Sin embargo, nos daremos por satisfechos si los que están delante hablan bien. Que comience Fedro y elogie al Amor.

Asintieron los asistentes y tras un breve silencio empezó Fedro con su discurso:

—Gran dios es el Amor y digno de admiración, así entre los hombres como entre las divinidades, por muchos y diversos motivos; pero, sobre todo, por su origen, porque es el más antiguo de los dioses. Tanto, que no tiene padre ni madre, ni hay nadie que se los dé. Hesíodo dice que primeramente existió el Caos, después apareció la Tierra con su seno inmenso, base eterna e inquebrantable de todas las cosas...y el Amor. De modo que, según el poeta, al Caos suceden la Tierra y el Amor. Parménides ha dicho que el Amor fue el primer dios concebido y Acusilao coincide con la opinión de Hesíodo. Hay como un acuerdo en que el Amor es el más antiguo de los dioses.

»También es de todos ellos el que hace más bien a los hombres. No conozco ninguna dicha mayor para un joven que tener un amante virtuoso, ni para un amante que amar un objeto virtuoso. Ni el nacimiento, ni los honores, ni las riquezas pueden inspirar al hombre como el Amor lo que necesita para vivir honradamente: la vergüenza del mal y la emulación del bien, sin cuyas cosas es imposible que un hombre o un Estado hagan jamás nada bello y grande. Así me atrevo a decirlo; un hombre que ama, si ha cometido una mala acción o no ha rechazado un ultraje, tiene más vergüenza de presentarse ante su amado que ante su padre, sus parientes o cualquier otra persona. Y lo mismo le sucede al amado, que jamás se presenta más confundido ante el amante como al cogerle en una falta.

»Un Estado o un ejército que por arte de encantamiento se compusiera de amantes y amados, llevaría como ninguno hasta sus límites el horror al vicio y la emulación por la virtud. Los hombres, unidos por un vínculo semejante, aunque fuesen pocos, podrían vencer al mundo entero. Porque si hay alguien de quien un amante no quiere ser visto desertado de filas o tirando las armas, es de quien ama. Un amante preferiría morir mil veces antes que abandonar a su amada viéndola en peligro y sin prestarla auxilio. No hay hombre tan cobarde a quien el Amor no haga valiente y transforme en héroe.

»Lo que dice Homero que inspiran los dioses audacias a ciertos hombres de guerra, puede decirse con más razón del Amor mismo que de todos los seres divinos. Sólo los amantes saben morir el uno por el otro.

»No sólo los hombres, sino las mujeres también han dado su vida por salvar a los que amaban. Un hermoso ejemplo lo ofrece Alceste, hija de Pelías, queriendo morir por su esposo, aunque éste tenía padre y madre. El amor del amante sobrepasó tanto al afecto por sus padres, que los declaró, por decirlo así, personas extrañas para su hijo y como si fuesen parientes sólo de nombre.

»Se han realizado en el mundo muchas acciones magníficas; pero es muy reducido el número de los que han rescatado del Infierno a los que han entrado en él. Sin embargo, la acción de Alceste pareció tan hermosa a los ojos de los hombres y de los dioses, que admirados éstos de su valor, la volvieron a la vida. ¡Tan cierto es que el Amor noble y generoso se hace estimar de los mismos dioses!

»Orfeo, hijo de Eagro, no fue tratado así, sino arrojado al Infierno, sin acceder a su petición. En lugar de devolverle su mujer, que andaba buscando, le presentaron un fantasma, una sombra de ella, porque como buen músico le faltó valor para morir por el ser amado. Lejos de imitar a Alceste, se las ingenió para bajar vivo a los Infiernos, por lo que, indignados los dioses, castigaron su cobardía haciéndole morir a manos de las mujeres. En cambio, honraron a Aquiles, hijo de Tetis, y le recompensaron, enviándole a las Islas de los Bienaventurados, porque habiéndole predicho su madre que si mataba a Héctor moriría en el acto, y aconsejado que volviera a la casa paterna, donde moriría cargado de años, Aquiles, sin dudar, prefirió la venganza de Patrodo a su propia vida, y quiso, no sólo morir por su amigo, sino también sobre su cadáver. Y los dioses le honraron más que a todos los demás hombres, mereciendo su admiración por el sacrificio que hizo en obsequio de la persona que le amaba.

»Esquilo se burla de nosotros cuando dice que el amado era Patrodo. Aquiles era más hermoso no sólo que éste, sino que todos los demás héroes. No tenía vello en el rostro aún y era mucho más joven, como dice Homero.

»Si los dioses aprueban lo que se hace por la persona que se ama, más estiman, admiran y recompensan lo que se hace por la persona de quien uno es amado. El que ama tiene algo más de divino que el que es amado, porque en su alma existe un dios. De ahí que haya sido tratado mejor Aquiles que Alceste, en las Islas de los Bienaventurados, después de su muerte.

»Concluyo que de todos los dioses el Amor es el más antiguo, el más augusto y el más capaz de hacer al hombre feliz y virtuoso en la vida y después de la muerte.

Tras un silencio, intervino Pausanias:

—No me parece bien, Fedro, la proposición que has hecho de que celebremos sencillamente al Amor. Hubiera sido justa, si no hubiera más que un Amor; pero ese dios no es uno, y como no es uno habría estado más en razón que nos hubieras dicho, desde luego, qué Amor teníamos que elogiar.

»Procuraré, pues, reparar esa falta tuya indicando primeramente qué Amor es el que debe elogiarse y haré luego una alabanza digna de ese dios.

»Todos sabemos que Afrodita va siempre acompañada del Amor. De modo que, si Afrodita es una, el Amor también debe ser uno, y puesto que hay dos Afroditas, debe haber también dos Amores. ¿Y quién puede dudar que existen dos Afroditas? Una, la mayor, hija de Uranos y sin madre, la llamamos Afrodita Celeste o Urania; otra, la más joven, hija de Zeus y de Dione, es la llamada Afrodita simplemente, la Afrodita vulgar. Existiendo ambas diosas, deben tener dos auxiliares, y es justo llamar así: al uno, Amor celeste, y al otro, Amor sólo o Amor vulgar. Mas como es conveniente que elogiemos a todos los dioses, procuraré exponeros el destino de cada uno de los Amores.

»Toda acción, como obra, en sí no es buena ni mala. Lo que estamos haciendo ahora: beber, cantar y conversar no es bueno ni malo por sí mismo, pero cualquier acción puede serlo por la manera como se cumpla. Resulta buena si se hace con belleza y justicia; es mala si se efectúa con iniquidad. Eso mismo ocurre al amar. Todo Amor no es por sí mismo loable y bello, sino que es bello el que nos lleva a amar con belleza. El Amor de la Afrodita corriente es un amor verdaderamente vulgar, no inspira otra cosa que acciones sin importancia: es el Amor que experimentan los hombres corrientes por el que se prendan, de buenas a primeras, tanto de las mujeres como de los jóvenes; es el que prescindiendo del alma se fija sólo en el cuerpo, por el que se atiende sólo a gozar, y no a vivir o no vivir en belleza; el que los convierte en las más estúpidas criaturas. Los que se entregan al azar en sus relaciones, lo mismo les da lo bueno que lo malo. Su amor procede más que de la diosa mayor, de la joven, de la Afrodita vulgar en cuya generación participaron un macho y una hembra. La Afrodita celeste no procede de mujer, ha nacido sólo de hombre, y el amor que sugiere no se enamora más que de los jóvenes. Servidor de una diosa de más edad y exenta de arrebatos, ese Amor, habiendo de amar un sexo naturalmente más robusto e inteligente, lleva al macho a quien puede inspirarlos.

»En el amor que los hombres tienen por los jóvenes es donde se reconoce los que incita el Amor celeste. No buscan así los que son demasiado muchachos, sino aquellos cuya inteligencia comienza a desarrollarse; es decir, a quienes ya les empieza a crecer la barba.

»Creo que los que se empeñan en ese Amor están dispuestos a quererse toda la vida, a pasarla en común y, de ningún modo, a engañar al amante inexperto, que han seducido como un niño, ni a ponerle en ridículo y a dejarle para precipitarse en brazos de otro. Convendría que hubiera una ley que prohibiera amar a los muchachos demasiado jóvenes, para que no se perdieran tantos esfuerzos en obtener un resultado incierto; porque incierto es el fin en que el vicio o la virtud, la mente o el cuerpo orientaran la evolución de la infancia. Las personas prudentes se imponen a sí mismas esa ley, pero habría que obligar a ella a los amantes vulgares, así como les obligamos, en cuanto podemos, a que no amen a las mujeres de condición libre. Éstos son los que han deshonrado el Amor, hasta el punto de que algunos se hayan atrevido a decir que era vergonzoso dispensar favores a un amante. Hablan reparando sólo en esos amantes vulgares y viendo su proceder e injusticia con sus amados; pues, sin duda, todo lo que se hace honesta y legítimamente no puede censurarse de ningún modo.

»No es difícil comprender las leyes sobre el amor de otros países, porque son precisas y claras. Sólo las costumbres de Atenas y Lacedemonia necesitan explicación. En Elida, y entre los beocios poco hábiles en el arte de la palabra, se admite fácilmente que uno otorgue sus favores a un amante. Nadie, joven ni viejo, lo encuentra vergonzoso. Y es preciso creer que en esos países está autorizada esa costumbre de allanar las dificultades y no tener que seducir a los amados por los artificios de la palabra de que son incapaces. En Jonia y en otras muchas partes donde se vive bajo el régimen de los bárbaros, semejante comercio se reputa infame. Y con la proscripción de este amor como cosa vergonzosa, se proscriben también entre los bárbaros la filosofía y la gimnasia; pues, según creo, no conviene a los que ejercen el mando que se forme entre los súbditos sentimientos elevados, amistades profundas y asociaciones, todo lo cual, y otras muchas cosas, sabe infundir el Amor. Por experiencia aprendieron esto nuestros gobernantes; porque el amor de Aristogitón y la firme amistad de Harmodio destruyeron su poder. Así es donde se ha establecido que es vergonzoso otorgar favores a los amantes, se ha hecho por maldad de los que hicieron las leyes; por ambición de los que mandan y por falta de energía varonil en los súbditos; y en donde el uso corriente lo autoriza como bueno, se ha hecho por excesiva indolencia de los legisladores.

»Entre nosotros, la legislación amorosa está sabiamente ordenada; pero, como he dicho, nuestras costumbres no son fáciles de comprender. Reflexionando se ve que admitimos mejor el amor públicamente que en secreto, y que es preferible enamorarse de los más nobles y virtuosos, aunque sean a veces menos bellos. Es sorprendente cómo se interesa todo el mundo por el triunfo del hombre que ama; se le anima, lo que no se haría si no se tuviese por cosa buena. Se le aprecia cuando ha triunfado y se le desprecia si no ha conseguido el triunfo. La costumbre permite al amante emplear medios mágicos para llegar a su objeto, y perdería la estimación de los sabios si se sirviese de ellos para otra cosa que no fuera hacerse amar. Porque si un hombre, con el fin de enriquecerse, de obtener un empleo o crearse una posición, se atreviera a tener por alguien la menor de las complacencias que tiene un amante para el que ama; si emplease las súplicas, si se valiese de las lágrimas y los ruegos, si hiciese juramento, si durmiese en el umbral de su puerta, si se rebajase a bajezas que un esclavo se avergonzaría hacer, ninguno de sus enemigos o amigos dejaría que se envileciera hasta ese extremo. Unos le echarían en cara su adulación y esclavitud; otros, ruborizados, procurarían corregirlo. Y todo esto, sin embargo, sienta maravillosamente a un hombre que ama. No sólo se admiten sus bajezas sin tenerlas por deshonrosas, sino que se le mira como un hombre que cumple con su deber; y lo curioso es que se quiere que los amantes sean los únicos perjuros que los dioses dejen de castigar, porque se dice que los juramentos de amor no obligan. Así, pues, los hombres y los dioses aseguran a los amantes una plena libertad, libertad que nuestras leyes locales consagran, estando todos persuadidos de que amar y prendarse de los que aman es seguir un uso bueno y corriente.

»Mas viendo también, por otra parte, a los padres imponer preceptores a sus hijos para impedir que hablen con los amados; a los amigos y compañeros insultar a esos jóvenes favoritos cuando les sorprenden en tales coloquios, y a los ancianos, no queriendo oponerse a esos insultos y al castigo de sus autores, ¿no se dirá, considerando esas costumbres, que nuestra ciudad mira como una vergüenza amar a los muchachos y ser amados de ellos? Semejante paradoja la resuelvo así: No es el amor una cosa sencilla. Como he dicho ya, las acciones no son, en sí mismas, bellas ni feas; son bellas, si se hacen en vista de lo bello; feas, si es lo feo quien las provoca. Así, es feo otorgar bajamente sus favores a un ser inferior, y es bello ofrecerlos bellamente al amor de un ser bello. Un ser bajo es para mí un amante vulgar que, más que del alma, está enamorado de la carne. Semejante amador no puede ser constante porque no ama nada constante, y así, en cuanto la flor de la carne se marchita, cesa de amar, vuela a otros amores y falta a su palabra y a sus promesas. El enamorado de un alma bella

permanece, en cambio, fiel durante toda su vida, porque ama una cosa permanente. Nuestras costumbres quieren que se examine al bien y lo bello antes de decidirse, que se busque el agrandar a los unos y evitar a los otros, y se nos exhorta por eso a buscar a unos y a escapar de otros, según se discierne y comprueba qué clase de amor siente el que ama y el que es amado. Convenimos así que es indigno el entregarse en seguida, y que no lo es ceder en el momento oportuno para entregarse de lleno. Es vergonzoso también entregarse a los ricos y a los poderosos, sea por temor o debilidad, ya por conseguir riquezas o situaciones políticas envidiables, porque tales razones para amar no tienen un fundamento sólido ni bastante duradero para engendrar un afecto generoso. Sólo resta un motivo por el que en nuestras costumbres se puede decentemente favorecer a un amante; porque, así como la servidumbre voluntaria de una amante hacía el objeto de su amor no se tiene por adulación, ni puede echarse en cara tal cosa, en igual forma hay otra suerte de servidumbre voluntaria que no puede reprenderse nunca, porque la escoge el hombre en vista de la virtud. Entre nosotros se admite que, si uno se somete a servir a otro con la esperanza de perfeccionarse en una ciencia o en cualquier virtud, semejante servidumbre no es vergonzosa ni se considera como adulación.

»Es preciso tratar al Amor como a la filosofía y a la virtud, y que sus leyes tiendan al mismo fin, si se quiere que sea honesto favorecer a aquel que nos ama; porque si el amante y el amado se aman mutuamente bajo una ley: que el amante, en reconocimiento de los favores recibidos, esté dispuesto a hacerle al que ama todos los servicios que la equidad le permita; y que el amado, a su vez, en recompensa de los cuidados de su amante para hacerle sabio y virtuoso, tenga con él todas las consideraciones debidas. Si el amante es verdaderamente capaz de dar ciencia y virtud al que ama y éste tiene verdadero deseo de adquirir instrucción y sabiduría; si todas estas condiciones se verifican, entonces sólo es decoroso conceder sus favores al que nos ama. El amor no puede permitirse por ninguna otra razón, y entonces no es vergonzoso verse engañado. En cualquier otro caso sí lo es, pues si con la esperanza de utilidad o de ganancia se entrega uno a un amante que se creía rico, que después resulta pobre, y que no puede cumplir su palabra, no es menos indigno, poniéndose en evidencia, demostrando que por el interés se arroja a todo, lo que no tiene nada de bello. Por el contrario, si después de haber favorecido a un amante a quien se creía hombre de bien, y con la esperanza de hacerle uno mejor por medio de su amistad, llega a resultar que no es tal y carece de virtud, no es deshonesto verse uno, en este caso, engañado; porque ha mostrado el fondo de su corazón y puesto en evidencia que, por

la virtud, y con la esperanza de llegar a una mayor perfección, es uno capaz de emprenderlo todo; nada más glorioso que este pensamiento.

»Es bello amar cuando la causa es la virtud. Ese amor es de la Afrodita celeste, y celeste por sí mismo es útil a los particulares y a las ciudades, puesto que obliga al amante y al amado a esforzarse en hacerse mutuamente virtuosos. Todos los demás amores pertenecen a la Afrodita corriente. He aquí, Fedro, todo lo que puedo decir así, improvisadamente, sobre el Amor.

En ese momento, Pausanias hizo una señalada pausa. Aristófanes se inclinó sobre la mesa para hablar, pero se detuvo y se dirigió a Erixímaco:

—Es preciso, Erixímaco, que me libres de este hipo o que hables en mi lugar hasta que haya cesado.

—Haré ambas cosas —respondió el aludido—. Hablaré en tu lugar, y cuando estés bien lo harás tú en el mío. Mientras, procura contener el aliento y cesará el hipo. Si continúa, haz gárgaras con agua, y si persiste, pellízcate la nariz, y estornudando te lo quitarás.

—Adelante. Habla, que te obedezco.

Empezó entonces Erixímaco su elogio del Amor:

—Ha comenzado muy bellamente su discurso Pausanias; pero no acabándolo como era debido, trataré de completarlo a mi manera.

»La distinción que ha establecido entre los dos Amores me parece bien hecha. Pero, gracias a la medicina, que es mi arte, creo haber descubierto que el Amor no reside sólo en el alma de los hombres para llevarlos hacia los más bellos entre sí, sino que reside también, para otros fines, en muchas cosas, como en el cuerpo de los animales, en todo lo que puebla la tierra y en todos los seres, pues por su brillo en todas las obras divinas y humanas he podido reconocer la grandeza y las maravillas de este dios. Comenzaré a demostrarlo por medio de la medicina para honrar también mi arte.

»La naturaleza de los cuerpos contiene los dos Amores. En efecto, el estado de salud y el de enfermedad son, de manera indiscutible, dos estados diferentes y desemejantes, y lo contrario ama y desea lo contrario. Además del amor que reside en el cuerpo sano hay el amor que vive en un cuerpo enfermo. El precepto que Pausanias acaba de enunciar: que es honesto conceder los favores a los hombres buenos y vergonzoso el entregarse a los perversos, es un precepto aplicable también al cuerpo. Bueno y necesario es complacer lo que hay de robusto y sano en cada organismo. En cambio, es vergonzoso favorecer lo que hay de malo y mórbido en él, no habiendo de tenerse

complacencia alguna para tales principios si uno quiere ser un médico experto. La medicina, definiéndola brevemente, puede decirse que es la ciencia de los amores de los cuerpos en lo que afecta a la plenitud y a la evacuación. El médico más hábil es el que sabe diagnosticar mejor si, para tales fines, tal amor es bueno o tal amor es malo. El que sabe trocar esos amores, cambiarlos uno por otro e infundir en el cuerpo donde no existe el amor que debe existir y expulsar el que hay, ese es el más perito en el arte, pues sabe provocar la amistad entre los elementos más enemigos e inspirar a todos un mutuo amor.

»Los elementos más enemigos entre sí son los más contrarios: el frío y el calor, lo amargo y lo dulce, lo seco y lo húmedo, y toda otra cosa semejante. Por haber sabido introducir el amor y la concordia entre todos esos contrarios es por lo que nuestro antecesor Esculapio, según dicen los poetas y yo mismo creo, instituyó nuestro arte. Toda la medicina, me atrevo a decir, está gobernada por este dios, que preside también la gimnasia y la agricultura. En el mismo caso está la música, siendo eso lo que Heráclito, quizá sin expresarlo con claridad, quiso decir, indicando que la unidad, oponiéndose a sí misma, se acuerda consigo como la armonía de un arco o de una lira. Heráclito habría proferido un gran absurdo si hubiera querido sostener que la armonía es una oposición o que resulta de elementos simultáneamente opuestos. Tal vez quiso decir que la armonía procede de elementos primeramente opuestos, como lo grave y lo agudo, acordada después por el arte músico. De lo grave y lo agudo, mientras se hallen entre sí desacordes, no puede surgir la armonía. En efecto, la armonía es una consonancia y la consonancia, un acuerdo; y un acuerdo de cosas discordes, mientras lo son, es imposible. Lo que discorda y no se pone en consonancia es imposible que armonice. Del mismo modo, las notas rápidas y lentas, primero en desacuerdo, acordándose después han originado el ritmo. Y el acuerdo entre todos esos contrarios es la música quien lo establece, engendrando entre ellos el amor y la concordia.

»La música puede definirse como la ciencia de los amores entre la armonía y el ritmo. En la constitución de ellos no es difícil encontrar el Amor. No se encuentran en ambos las dos clases de amores; pero cuando se trata de valerse del ritmo y de la armonía para crear, lo que se llama composición musical, o de usar acertadamente las melodías y cadencias ya creadas, que llamamos instrucción musical, la dificultad aumenta y hay necesidad de un artista excelente. Y aquí surge otra vez la doctrina anterior de que es preciso corresponder a los hombres virtuosos y conservar hacia los que tratan de serlo el amor honesto, el amor celeste, el amor de la musa Urania. En cuanto al amor vulgar que inspira Polimnia, conviene comportarse con él con cautela y de tal modo, que el placer que proporcione no produzca ningún desarreglo. En el arte médico constituye

una gran dificultad el gozar discretamente de los manjares delicados, de modo que se disfrute del placer sin daño para la salud. En la música, en la medicina y en todas las cosas divinas y humanas, debemos distinguir cuidadosamente uno y otro amor, porque los dos están en todo.

»En la misma constitución de las estaciones del año existen estos dos amores; porque cuando los elementos de que antes hablaba, el calor y el frío o la sequedad y la humedad, se unen en mutuo y moderado amor; guardan entre sí armonía, nace una temperatura media, traen consigo un año fértil, la salud para los hombres, para los animales, para las plantas y a nada dañan. Pero cuando el amor intemperante domina con violencia en las estaciones del año, destruye y daña muchas cosas. De ahí las pestes y tantas y tan diversas enfermedades en los animales y en las plantas.

»Las escarchas y el granizo nacen del predominio y desarreglo que reina en los amores de unos elementos sobre otros, y la ciencia que trata de estos amores, en lo que se refiere al movimiento de los astros y a las estaciones, se llama Astronomía.

»Además, todo el arte de los sacrificios, los ritos adivinatorios (ritos y artes que ponen a los hombres en relación con los dioses), no tienen más objeto que conservar el amor bueno y conjurar el malo. Toda impiedad nace de que uno no quiere agradar al amor ordenado, sino de aplicarnos a honrar, favorecer y reverenciar al desordenado, ya en las relaciones que afectan a nuestros padres vivos o difuntos, ya a los dioses mismos. Está encomendado al arte adivinatorio vigilar y cuidar estos dos amores, y producir, además, la amistad entre los dioses y los hombres por conocer lo que en las indicaciones humanas tiende a la justicia o a la impiedad. Así, pues, el Amor tiene un múltiple, un considerable, un universal poder. Pero el amor que, mediante la moderación y la justicia, cumple el bien, así en cuanto a los hombres como en cuanto a los dioses, tiene ese poder en mayor grado, nos procura la felicidad suprema y hace que podamos tratar unos con otros y con los dioses, que están por encima de todo. Quizá yo también, al elogiar al Amor, haya omitido muchas cosas; pero no habrá sido voluntariamente. Si he olvidado algo, es deber tuyo, Aristófanes, llenar ese vacío; y si piensas elogiarlo de otra manera, hazlo, ya que ha cesado tu hipo.

Aristófanes carraspeó y empezó a hablar:

—Ha cesado, en efecto, así que he estornudado, y en verdad me maravillo de que hayan sido necesarios un ruido y un cosquilleo como estos para restablecer *el orden en la armonía del cuerpo*, pues en cuanto empecé a estornudar, cesó el hipo.

—Mira bien, querido Aristófanes, lo que dices —intervino Erixímaco—. Empiezas ya burlándote, y me obligas a escucharte con atención por si dices algo ridículo.

Aristófanes se rió y dijo:

—Tienes razón, Erixímaco; ten mis palabras por no dichas, y no estés al acecho de las que sigan, porque me temo, no decir algo que haga reír, lo que me sería fácil y es natural de mi musa, sino decir algo que me sea ridículo.

—¿Después de lanzar el dardo quieres escapar? —contestó Erixímaco— Piensa bien lo que vas a decir, y habla como quien ha de dar cuenta de sus palabras. Tal vez así podré dejarte en paz.

Entonces empezó Aristófanes su discurso:

—Bien, Erixímaco, tengo intención de tratar este asunto de distinta manera que tú y Pausianas lo habéis hecho. Creo que, hasta ahora, los hombres han desconocido de todo punto el poder del Amor, pues de haberlo conocido le hubieran erigido magníficos templos y altares y ofrendado soberbios sacrificios, lo que ahora miso no se hace, debiendo hacerse mejor que con cualquier otro. Sin embargo, el Amor es el más humanitario de todos los dioses, el protector de los hombres y el médico salvador de todos los males, que una vez vencidos darían a la Humanidad la felicidad suprema. Trataré de explicaros cuál es su poder, y vosotros lo explicaréis luego a los demás. Pero antes de empezar conviene que conozcáis la naturaleza humana y los cambios que ha sufrido.

»La naturaleza humana en otro tiempo fue muy distinta de lo que es hoy. La Humanidad se dividía en tres géneros, y no en dos sexos, como vemos. Al lado de los sexos masculino y femenino había un tercer sexo compuesto de ambos, sexo que ha desaparecido, pero cuyo nombre subsiste. Era el andrógino, llamado así porque participaba de uno y otro a la vez. En segundo lugar, el cuerpo de esos hombres era cilíndrico, con la espalda y los costados en forma circular. Tenían cuatro manos y otras tantas piernas, y sobre un cuello también redondo, dos caras semejantes en todo, y una sola cabeza, con las dos caras que miraban en direcciones opuestas; cuatro oídos, dobles los órganos de la generación, y todo lo demás, como puede imaginarse, del mismo modo. Marchaban también en posición recta, como ahora, sin tener que volverse hacia cualquier dirección que quisieran ir. Cuando querían andar más de prisa, se apoyaban sobre sus ocho miembros y caminaban con gran velocidad con un movimiento circular, de la misma manera que los que dan vueltas con la cabeza hacia abajo y las piernas arriba, moviéndose en círculo. La diferencia entre estas tres clases de hombres

procedía de que el sexo masculino traía su origen del Sol, el femenino de la Tierra y el compuesto de la Luna, porque la Luna participa a la vez del Sol y de la Tierra. Estos andróginos eran de figura circular, como su andar, por la semejanza con sus progenitores. Su robustez y su fuerza eran grandes y, sintiéndose arrogantes, trataron de luchar con los dioses, y lo que dice Homero de Efialtes y de Otos, que intentaron escalar el cielo para sobreponerse a los dioses, lo dice por aquéllos.

»Zeus y los demás dioses deliberaron sobre lo que convenía hacer, y se hallaban perplejos; no querían matar ni hacer desaparecer a esos hombres, destruyéndolos con el rayo como a los gigantes, pues habrían cesado al mismo tiempo los sacrificios y los honores que les tributaban los hombres, ni podían dejarlos tampoco perseverar en tal insolencia. Por fin Zeus, después de meditación laboriosa, se expresó en estos términos:

«Creo tener el medio de dejar vivir a estos hombres haciéndolos cesar al mismo tiempo en su petulancia, debilitando sus fuerzas. Dividiré a cada uno en dos, y debilitados los individuos, duplicaré el número de servidores para nosotros. En adelante marcharán así sobre dos pies, y si persisten en su insolencia los dividiré de nuevo, de tal modo que tengan que andar sobre uno.»

»Y diciendo esto, dividió a los hombres en dos, como los que cortan una serba para guardarla en sal o parten un huevo con un pelo. Pero al paso que los iba dividiendo mandaba a Apolo que les curase el corte y les volviera la cara y mitad del cuello donde se había hecho la amputación, para que viendo la cortadura fuera el hombre menos osado. Apolo puso a la parte opuesta la cara de cada uno, estiró toda la piel hacia lo que se llama hoy vientre y, recogiénola como una bolsa atada por la boca, quedó una ligadura, que es el ombligo. Aliso casi todas las arrugas de la piel, hizo las articulaciones del pecho sirviéndose de un lujador como el que usan los zapateros para asentar el cuero sobre la horma y dejó sólo algunas arrugas (las del vientre y el ombligo) para recuerdo perpetuo del castigo infligido.

»Después de la división del hombre en dos, cada uno, echando de menos a su otra mitad, se arrojaba en brazos de ella, permaneciendo firmemente enlazados, por el deseo de volver a la antigua unión, y morían de hambre y de inanición por no querer hacer nada uno sin otro. Cuando moría uno de ambos, el que quedaba pescaba a otro y se abrazaba a él, ya se encontrase con una mitad de un todo mujer, que es lo que ahora llamamos mujer, ya con la de un todo hombre, y de este modo el género humano se iba extinguiendo.

»Compadecido Zeus ideó otro medio y les puso delante los órganos de la generación, pues hasta entonces los andróginos los tenían atrás, engendrando y concibiendo, no el

uno del otro, sino esparciendo en el suelo la semilla, como las cigarras. Zeus transportó los órganos de la generación, y ésta se efectuó entonces entre ellos por la penetración del macho en la hembra, a fin de que si en el abrazo se uniese un hombre con una mujer engendrasen y propagasen la especie. Si se uniese un varón con otro, viniese la saciedad de estar unidos, y separándose volviesen al trabajo y a las atenciones de la vida. De ahí viene el mutuo e innato amor entre los hombres, que nos hace volver a nuestra naturaleza primitiva, tratando de hacer de dos seres uno y de restablecer la naturaleza humana.

»Cada uno de nosotros es, por consiguiente, la mitad de un hombre, como la mitad cortada de un todo, a semejanza de un lenguado; y de uno que fuera se hizo dos. Por esto busca cada uno su propia mitad. Cuantos hombres son mitad amputada de aquel género común que se llamaba andrógino, son amigos de mujeres, y la mayor parte de los adúlteros nace de este género; de él nacen también las mujeres apasionadas por los hombres y las adúlteras. Las mujeres que son mitades amputadas de un todo mujer no hacen caso absolutamente de los hombres, siendo más bien aficionadas a las mujeres, y de este género provienen las tríbadas. Los que son mitad de un todo varón buscan el sexo masculino, y mientras son niños, siendo algo así como pequeñas fracciones de un varón, aman a los hombres y se complacen con estar con ellos y permanecer abrazados; éstos son los mejores entre todos los jóvenes y adolescentes, porque son por naturaleza más varoniles. Se engañan los que les acusan de impúdicos, porque no hacen esto por falta de pudor, sino por doble audacia, por fortaleza e índole varonil, porque aman lo que les es semejante. Una gran prueba de ello es ésta: en la edad adulta son los únicos que se dedican a los negocios públicos y, hechos hombres, aman a los jóvenes y no son aficionados al matrimonio ni a tener hijos, si no son obligados por la ley. Bástales vivir unos con otros y en el celibato.

»Un hombre de esta especie es muy amante de los jóvenes y afectuoso con sus amigos, apasionado siempre por lo que es semejante a él. Cuando un amante de los jóvenes o cualquier otro se encuentra con el que es su propia mitad, ambos se sienten arrebatados por un transporte de afecto, de intimidad y de amor sin querer separarse el uno del otro ni un instante. Estos son los que se pasan la vida juntos y no sabrían decir qué es lo que desean ambos recíprocamente. No es de creer que sea el goce de la unión sexual lo que los lleve con tanto ardor a esa vida en común. Evidentemente sus almas desean otra cosa que ellos mismos no aciertan a explicarse y que más bien adivinan y conjeturan.

»Si, hallándose uno en brazos del otro, apareciese Hefesto con los instrumentos de su arte y les preguntase: «¿Qué es lo que queréis que se haga con vosotros dos recíprocamente?» Y no sabiendo ellos qué responder les preguntase de nuevo: «¿Deseáis estar los dos juntos de esta misma manera el mayor tiempo posible, de modo que no os separéis ni de día ni de noche? Si esto es lo que queréis, voy a fundiros en uno, de tal modo que seréis uno solo, viviendo una vida sola, y aun muertos, en el Hades, también seréis uno en vez de dos. Ved si esto es lo que deseáis, y si quedaréis satisfechos con lograrlo.»

»Estoy seguro de que, si oyesen hablar así a Hefesto, ninguno rehusaría ni manifestaría querer otra cosa, creyendo oír exactamente lo que hace tiempo desean: unirse y confundirse con el ser amado hasta formar con él un ser único. Todo ello se debe a que nuestra primitiva naturaleza era así, formando un todo completo. Lo que llamamos hoy amor no es sino el deseo y la persecución de la unidad perdida. Antes, como he dicho, ya no éramos más que uno; pero después de nuestra caída fuimos separados por Zeus, como los arcadios por los lacedemonios. Y sería de temer que volviéramos a ofender a los dioses, porque entonces seríamos divididos de nuevo, partidos de perfil por la nariz, como las figuras que vemos grabadas en las estelas, lo mismo que las contraseñas de hospitalidad. Así, conviene que todo hombre exhorte a los demás a evitar ese castigo, sirviéndose para ello del Amor para no hacerse odioso a los dioses. Reconciliémonos con ellos, hagámonos amigos suyos, y hallaremos y conseguiremos cada uno nuestra propia mitad (lo cual consiguen pocos en estos tiempos).

Aristófanes miró a Erixímaco un instante y continuó:

—No me interrumpas, Erixímaco, para bromear sobre estas últimas palabras, viendo una alusión a Pausanias y a Agatón. Quizá ellos sean de los pocos que lo consiguen, y acaso sean mitades de todo un varón. Pero yo me refiero a todos, así hombres como mujeres, y digo que sería dichoso el linaje humano si, encontrando cada persona su propia mitad, se uniera a ella para volver a su primer estado. Si volver a ese tiempo es lo mejor, lo que nos aproxime a ello lo será también. Pero semejante perfección se adquiere por la posesión de un amante, según su alma.

»Si debemos alabar al dios que proporciona todos esos bienes, loemos al Amor, que al presente nos sirve muchísimo, conduciéndonos al encuentro de nuestra propia mitad y que para el futuro nos ofrece, si guardamos a los dioses la veneración debida, restablecer nuestra naturaleza primera y, cuidándonos de nuestros males, hacernos felices y dichosos. Este es, Erixímaco, mi discurso sobre el Amor. Muy distinto del tuyo. Y ahora, como al principio, te ruego no te burles de él, a fin de que oigamos lo que dicen los demás; mejor dicho, Agatón y Sócrates que nos quieren hablar.

—Accederé a tus deseos —dijo Erixímaco—, porque tu discurso me ha encantado, y si no supiese que Sócrates y Agatón son muy sabios en materias de amor, temería que no tuviesen nada que decir, porque la verdad es que se han dicho hasta ahora muchas y muy variadas cosas. Sin embargo, no pierdo la esperanza.

—Has luchado muy bien en el certamen, Erixímaco —intervino Sócrates—; pero si te encontraras en el caso en que estoy ahora o, mejor dicho, en el que estaré después que hable Agatón, lo temerías mucho más y te encontrarías en el mayor aprieto, como yo ahora.

—Quieres fascinarme, Sócrates —dijo Agatón—, para que me turbe al pensar en la gran atención que ya me conceden estos espectadores.

—No. Flaco de memoria sería yo, Agatón, si habiendo visto tu serenidad y atrevimiento al salir a la escena entre los cómicos, a presencia de un considerable público, al representar tus obras, pensase ahora que pudieras perturbarte por la presencia de unos cuantos hombres.

—¿Qué dices? —replicó Agatón— ¿Me imaginas de tal modo embriagado por los aplausos que llegue a olvidarme que para un hombre sensato algunos hombres instruidos no merecen más respeto que muchos que no lo son?

—Sería injusto, Agatón —contestó Sócrates—, si sospechase que pudiera haber en ti algo vulgar. Sé muy bien que si te encontrases entre algunos a quienes tuvieses por más sabios, tendrías más en consideración su opinión que la del vulgo. Pero nosotros no somos de esos sabios y asistimos también al teatro y éramos de su vulgo. Encontrándote con otros sabios te avergonzarías delante de ellos si pensases hacer algo que fuese feo: ¿no es eso?

—Es verdad.

—Y delante del vulgo —continuó Sócrates—, ¿no te avergonzarías también si pensases hacer alguna acción fea?

—Querido Agatón —interrumpió Fedro—, si continúas respondiendo a Sócrates, nada te importará de lo que aquí pase, con tal que tenga con quién conversar, sobre todo si su interlocutor es bello.

»Yo escucho con gusto, cómo no, la palabra de Sócrates; pero es necesario que me cuide del elogio del Amor y que escuche el discurso de cada uno de vosotros. Cuando hayáis pagado vuestro tributo al dios, podréis conversar cuánto queráis.

Agatón asintió y dijo:

—Tienes razón, y nada impide que comience mi discurso, pues muchas otras ocasiones tendré para charlar con Sócrates. Ante todo, os expondré el plan de mi elogio y después lo haré.

»Todos los que han hablado hasta ahora han celebrado la dicha de los hombres por los bienes que proporciona el Amor, más que alabado al mismo dios. Ninguno ha dicho, tampoco, quién es este dios que otorga esos favores y beneficios. El único modo de hacer un verdadero elogio de cualquier asunto es indicar primero su naturaleza y decir luego los efectos que produce. Es justo que yo alabe al Amor, explicando lo que es y enumere luego sus dones.

»Afirmo que, aunque todos los dioses son felices, el Amor, si es lícito y no impío decirlo, es el más feliz de todos, por ser el más bello y el mejor de todos. Es el más bello, querido Fedro, porque es el más joven de los dioses. Una gran prueba de ello nos la ofrece él mismo, huyendo a todo correr de la vejez, que, veloz, llega a nosotros más pronto de lo que conviene. El Amor, por naturaleza, la aborrece, y ni a gran distancia se acerca a ella. Al contrario, siempre se halla entre jóvenes y con ellos vive, pues como dice muy bien el proverbio: «cada uno se acerca a su semejante».

»Ahora bien; aunque estoy de acuerdo en muchas cosas con Fedro, no lo estoy en que el Amor sea más antiguo que Cronos y Jápeto. Afirmo que es el más joven de los dioses y que es siempre joven; los antiguos hechos que Parménides y Hesíodo cuentan, si es que pasaron, sucedieron bajo el imperio del Destino y no del Amor, pues de estar el Amor entre los dioses no hubiera habido mutilaciones, aprisionamientos ni otras violencias, sino paz y amistad como ahora, desde que el Amor reina entre los dioses. De modo que el Amor es joven y, por su juventud, delicado. Sería menester un poeta como Homero para demostrar la ternura de este dios. Homero dice que Ate es divina y tierna; que «sus pies son delicados, y no posándolos sobre el duro suelo, sólo va pisando sobre las cabezas humanas», demostrando con una buena razón la ternura de la diosa, pues no anda sobre cuerpo duro, sino sobre el blando. De la misma razón me valdré yo para probar que es tierno el Amor. No anda sobre el suelo ni sobre las cabezas (que no son, en realidad, muy blandas), sino que anda y mora en lo que es más blando que todo: en el corazón. En el corazón y el alma de los dioses y hombres fija su asiento, y no en todas las almas indistintamente, porque si encuentra alguna de dura condición se aparta de ella, estableciéndose sólo en la que encuentra blanda. Pues el que toca siempre con los pies y con todo en lo más blando de las cosas que más blandas son, necesariamente ha de ser de la ternura más exquisita, y no sólo es joven y tierno, sino que además es sutil, porque no podría envolverlo todo ni penetrar en todas las almas, ocultándose al entrar y al salir, si no fuese sutil. De su bien proporcionada y esbelta figura es una buena prueba el gracioso continente que, por concesión de todos, distingue al Amor; pues entre la fealdad y el amor hay perpetua guerra. La belleza de su color denota que vive habitualmente entre las flores, y en lo que de su propia flor

carece o la tiene marchita, sea cuerpo, alma o cualquier otra cosa, allí no fija su asiento. No mora sino en aquellos lugares donde brotan las flores y se esparcen los perfumes.

»Sin haber agotado el asunto, creo haber demostrado de un modo suficiente la belleza natural del dios, para que me sea permitido ahora hablar de sus virtudes. Lo que hay de más grande en el Amor es que no ofende a los dioses ni al hombre, ni por ellos puede ser ofendido. Si sufre violencia, si es que puede sufrir algo, la violencia no alcanza al Amor, como tampoco cuando él obra hace violencia; porque todo el mundo sirve gustoso al Amor en todo, y las leyes, reinas de la ciudad, establecen que es justo todo aquello en que conviene uno con otro, si lo hacen voluntariamente. Pero además de la Justicia, participa el Amor de la Templanza. Sabido es que la Templanza es la facultad de dominar los placeres y deseos, y no hay placer ninguno más poderoso que el Amor; si los deseos son inferiores a él, serán dominados por el Amor, y éste será el que domine. Luego el Amor que domina a los placeres y ambiciones tendrá la Templanza en grado sumo. En Fortaleza, ni el mismo Ares le iguala, porque no es Ares el que tiene en su poder al Amor, sino el Amor el que posee, inspirándole según la fábula, una pasión por Afrodita; y si es más fuerte el que retiene que el retenido, el que domina al que es más fuerte que los demás será el más fuerte de todos.

»He hablado ya de la Justicia, de la Templanza y de la Fortaleza de este dios, me falta hablar de la Sabiduría, y procuraré no quedarme atrás sobre el particular. Ante todo, para honrar mi arte, como Erixímaco ha honrado el suyo, diré que este dios es tan hábil poeta que sabe hacer poetas a otros. Por ajeno que sea un hombre a las Musas, inmediatamente que el Amor le toca, uno se hace poeta. Esto basta a probarnos que el Amor es un excelente poeta y que posee toda la invención que se refiere a las Musas, porque ninguno puede dar a otro lo que él no tiene ni enseñarle lo que él no sabe. En cuanto a la producción de todos los animales, ¿quién sostendrá que no es la sabiduría del Amor la que a todos ellos engendra y produce? Y por lo que hace a la invención de las artes, ¿el artista instruido por tal dios no se hace célebre e ilustre, y queda oscurecido el que no es inspirado por él? A instigación de la pasión y del Amor, Apolo descubrió el arte de arrojar las flechas, el de la medición y el de la adivinación. Si Apolo fue en eso discípulo del Amor, las Musas lo fueron en la música; Hefesto, en el arte de labrar los metales; Atenea, en el arte de tejer, y Zeus, en el de gobernar y dirigir a los hombres y a los dioses. De aquí nace que las obras de los dioses fueran dispuestas interviniendo el Amor, que es la Belleza, porque el Amor no es la fealdad. Antes de esto, como dije al principio, sucedieron entre los dioses muchas cosas terribles, según se cuenta, bajo el imperio del Destino; pero después del nacimiento de este dios, por el amor a lo bello vinieron todos los bienes a los dioses y a los hombres. He aquí por qué, Fedro, me

parece que el Amor es, en primer lugar, el más bello y excelente y, además, la causa de que las demás cosas lo sean.

»Me vienen a la cabeza unos versos que dicen que este dios es el que proporciona

la paz al hombre

la calma al mar,

quietud al viento

y cama y sueño

al que ha pesar.

»Este dios es quien destruye nuestras aversiones y nos llena de amistad. Preside reuniones como ésta, para estrechar las relaciones; preside las fiestas, las danzas, los sacrificios; abre paso a la dulzura, destierra la fiereza, es pródigo en bondad, avaro en odio, propicio a los fueros, admirado de los sabios, agradable a los dioses; le desean los que no le tienen, y es un tesoro para los que le poseen. Es padre de los goces suaves, del deleite de las gracias, del deseo y de la pasión amorosa; cuida de los buenos, y desampara a los malos. Es nuestro guía en nuestros esfuerzos; en nuestros temores, nuestro compañero de armas; en el fomento de nuestros deseos, nuestro sostén; en el dolor, nuestro salvador soberano. Rige la conducta de los hombres y de los dioses; es el guía más bello y excelente, al cual debe seguir todo hombre y celebrarle con himnos, repitiendo con él la bella canción que canta, para calmar el espíritu de los hombres y de los dioses. Este es, Fedro, el discurso semi jocoso, semi serio, que consagro al dios, según alcanzan mis escasas fuerzas.

Se oyó un murmullo de aprobación entre los presentes cuando Sócrates tomó la palabra dirigiéndose a Erixímaco:

—¿Te parece, hijo de Acumenos, que era infundado mi temor de antes, y no era yo un buen adivino cuando decía que Agatón hablaría admirablemente y que yo me vería en un gran apuro?

—Has sido buen adivino al anunciar que Agatón haría un buen discurso —le respondió Erixímaco—, pero no lo serás en eso de verte ahora en un aprieto.

—Pero ¿cómo, ¡querido mío! —replicó Sócrates—, no he de verme apurado, y cualquier otro en mi caso, teniendo que hablar después de haberse pronunciado aquí un discurso tan bello y variado? Todas sus partes son admirables. ¿Quién no se pasmaría de admiración al oír esa elegancia de palabras y de frases con que ha terminado? No es

extraño que al considerarme incapaz de acercarme siquiera a decir nada tan bello, poco falte para que, avergonzado, piense en escaparme si es posible.

»El discurso de Agatón me ha hecho recordar a Gorgias, de modo que me ha sucedido verdaderamente lo de Homero. He temido que Agatón, al acabar su discurso, lanzase sobre mi palabra la cabeza de Gorgias y me dejase mudo como una piedra. Entonces comprendí lo ridículo que había sido cuando contraí con vosotros el compromiso de que en mi turno elogiaría al Amor, y cuando dije que era entendido en cosas de amor, siendo así que no sé absolutamente cómo debe encomiarse una cosa, cualquiera que sea. Ciertamente yo, por efecto de mi simpleza, creía que era necesario decir la verdad respecto de aquello que se elogiase y que el elogiar consistía en que, eligiendo de estas cosas verdaderas las más bellas, se dispusiesen en el orden más conveniente. Y estaba muy ufano creyendo que había de hablar bien, porque sabía el verdadero modo de alabar una cosa. Pero, según parece, no era éste el modo conveniente de hacer un elogio, sino el atribuir al objeto todo lo más grande y más excelente, sea verdadero o no, porque si es falso nada importa. Más, según se ve, lo que se ha propuesto es que parezca que cada uno de nosotros hace el elogio del Amor, no que el Amor sea realmente encomiado. Por esto, yo pienso que todos vuestros panegíricos han procurado atribuir toda perfección al Amor, proclamarle grande y autor de todas las cosas y hacerle pasar ante los ignorantes, pero no ante los doctos, por el más bello y el mejor de los seres. Está bien y es magnífica semejante manera de alabar; pero desconocía esta forma, y no conociéndola me comprometí con vosotros a hacerla cuando me tocase. Lo prometió, efectivamente, mi lengua, pero no mi corazón. Lejos de mí semejante cosa. Yo no elogio de esa manera porque no podría hacerlo. No me niego a hablar, sin embargo; pero he de hacerlo diciendo la verdad y a mi manera, no para competir con vuestra elocuencia, a fin de no hacerme acreedor a vuestra risa. Mira Fedro, si quieres oír un discurso en el que se diga la verdad sobre el Amor en el lenguaje y estilo que primero se me ocurra.

Fedro y los demás le instaron a hablar como lo juzgase más oportuno y Sócrates siguió hablando:

—Bien, Fedro. Permíteme que haga algunas preguntas a Agatón para que, puesto de acuerdo con él sobre ciertos extremos, inicie mi discurso.

—Permitido. Puedes preguntar —aceptó Fedro.

—Me parece, querido Agatón —continuó Sócrates—, que comenzaste bien tu discurso diciendo que primero debía explicarse lo que era el Amor y después exponer sus efectos.

Acepto sin reserva ese principio. Ya que has expuesto la naturaleza y los efectos del Amor con tanta magnificencia y elegancia, dime ahora: El Amor, ¿es amor de alguna

cosa o de la nada? No pregunto si es el amor de un padre o de una madre: eso sería ridículo. Pero supón que, a propósito de un padre, interrogo: Un padre, ¿es el padre de alguno o no? Para contestarme bien tendrías que decirme que un padre, como padre, es padre de un hijo o de una hija. ¿No es así?

—Sin duda —asintió Agatón.

—¿Y no sucede lo mismo —continuó Sócrates— respecto de una madre?

—Convengo en ello.

—Respóndeme todavía a algunas preguntas más, para que comprendas mejor lo que quiero decir. Si te preguntara: ¿un hermano, como hermano, es hermano de alguien o no? ¿Qué dirías?

—Que sí lo es.

—¿Y lo sería de algún hermano o hermana?

Agatón convino en ello.

—Procura contestarme lo mismo respecto al Amor —continuó Sócrates—. El Amor, ¿es amor de algo o de nada?

—De algo.

—Guárdalo en tu memoria para que puedas recordar de qué. Mas ahora dime: El Amor, ¿desea aquello de que es amor o no?

—Sí —respondió Agatón.

—¿Y tiene eso mismo que desea y ama o no? —dijo Sócrates.

—Verosímilmente no posee el objeto de su deseo.

—¡Verosímilmente! —siguió Sócrates— Repara más bien, si en vez de verosímil es absolutamente necesario que todo el que desee una cosa desee lo que le falta, y no la desee si de ella no carece. Estas deducciones son rigurosamente exactas. ¿No te parecen a ti, Agatón?

Agatón estuvo de acuerdo mientras Sócrates continuó preguntándole:

—Perfectamente. ¿Y podría uno querer ser grande o robusto, siéndolo ya?

—Imposible, según acabamos de convenir.

—Porque ciertamente no estaría falto de estas cualidades el que ya las tiene. Sin embargo, alguno siendo robusto podría querer serlo, como ligero siendo ya ligero, y sano siendo sano; y quizá haya quien piense que los que son todo esto y tienen ya estas cualidades desean aquello mismo que tienen.

»Insisto sobre el particular para no engañarnos. Si lo reflexionas bien, Agatón, los actuales poseedores de tales cualidades las tienen, quieran o no; y ¿quién ha de desear lo que ya tiene? Si alguno dijese: yo que tengo salud quiero tenerla, y siendo rico quiero serlo y, por consiguiente, deseo lo mismo que tengo, le diríamos: «Tú, que posees riqueza, salud y robustez, deseas poseerlas también en el porvenir, pues en el presente,

quieras o no, las tienes. Cuando dices yo deseo lo que tengo en el presente, no dices otra cosa más que: deseo tener en el futuro lo que tengo ahora». ¿No es así?

Todos asintieron y dijo Sócrates, retomando sus preguntas:

—Bien. Y el deseo que uno tiene de conservar para más adelante lo que se tiene ahora, ¿no ama lo que no está a su disposición y que uno no tiene?

—Desde luego —respondió Agatón.

—Luego éste y cualquier otro que desea —siguió Sócrates—, desea lo que no tiene, lo que no es presente, lo que no posee, lo que él mismo no es y aquello de que carece. Y éstas y otras cosas semejantes, ¿no son las consecuencias del deseo y del amor?

—Evidentemente.

—Pues, ¡adelante! Recapitulemos lo que se ha dicho —exclamó triunfante Sócrates—. Primero: El Amor, ¿es el amor de alguna cosa? Segundo: ¿Es también el amor de algo que no se tiene? Recuerda, además: el Amor, ¿de qué cosa dijiste que era amor? Te lo recordaré. Dijiste que los dioses dispusieron las cosas por el amor de lo bello, pues de cosas feas no podía haber amor. ¿No fue así?

—Así dije —afirmó Agatón.

—Y has hablado muy bien, amigo mío —continuó Sócrates—. Mas si esto es así, ¿podrá ser el Amor otra cosa que amor de la belleza y no de la fealdad?

—Conforme.

—Pero ¿no hemos convenido que se ama aquello de que se carece y no se tiene? Luego el Amor carece de belleza y no la tiene.

Agatón asentía a todas las afirmaciones que iba formulando Sócrates, que siguió diciendo:

—¿El Amor carece, pues, de belleza y no la posee?

—Necesariamente —respondió Agatón.

—¡Cómo! —dijo Sócrates— ¿Llamarás bello a lo que carece de belleza y de ningún modo la posee?

—De ningún modo.

—Pues si es así, ¿cómo dices que el Amor es bello?

—Temo, Sócrates, —exclamó Agatón— no haber comprendido nada de lo que antes dije.

—Dices bien; pero respóndeme todavía a una pequeña pregunta. ¿No te parece que lo bueno también es bello?

—Tal me parece.

—Pues si el Amor carece de belleza y todo lo bueno es bello, el Amor carecerá de bondad.

—No puedo contradecirte —respondió Agatón— y ...será como dices.

—No podrás, amado Agatón —concluyó Sócrates—, contradecir a la verdad, porque contradecir a Sócrates no es nada difícil. Pero, en fin, te dejo aquí, y contaré el discurso que sobre el Amor oí en otro tiempo a Diotima, mujer de Mantinea. Era esta mujer docta en esta y otras muchas materias. Por haber hecho los atenienses, según su consejo, sacrificios antes de la peste, logró que se suspendiese ese azote por diez años. Es a esta mujer también a quien debo todo lo que sé sobre el Amor. Trataré de exponer la doctrina que me enseñó, partiendo de lo que hemos convenido Agatón y yo, y lo haré refiriéndolo como mejor pueda. Siguiendo tu método, Agatón, hablaré primeramente de la naturaleza y atributos del Amor, y después, de sus efectos; pero me parece que es más fácil para mí referirlo del mismo modo que lo hizo la extranjera conduciendo el diálogo. Había yo dicho poco más o menos lo mismo que me ha respondido Agatón; esto es, que el Amor era un gran dios y que era de los objetos más bellos. Me arguyó con las mismas razones que yo a éste, probando que, según mi razonamiento, no era al Amor ni bello ni bueno.

ESCENA CUARTA

Un día al atardecer, Sócrates y Diotima paseaban juntos por un jardín de Atenas. Él empezó a hablar:

—¿Qué es lo que dices, Diotima; es el Amor feo y malo?

—¿Quieres hablar con propiedad? —respondió ella— ¿Crees que lo que no es bello ha de ser forzosamente feo?

—Ciertamente —asintió Sócrates.

—También creerás así que el que no es sabio es ignorante. ¿Es que no sabes que hay un punto medio entre la sabiduría y la ignorancia? —preguntó Diotima

—¿Y qué medio es ese?

—El opinar acertadamente sin saber dar razón de ello no es ciencia, porque no puede serlo sin saber la razón. Pero tampoco es ignorancia, porque ¿cómo ha de serlo el poseer la verdad? De modo que una opinión conforme a la verdad es como una cosa media entre la ciencia y la ignorancia.

Sócrates se mostró de acuerdo.

—Pues no juzgues —continuó Diotima— que lo que no es bello ha de ser forzosamente feo, y lo que no es bueno, necesariamente malo. De modo que, aunque creas que el Amor no es bueno ni bello, no juzgues por eso que ha de ser por fuerza feo y malo, sino un medio entre ambas cosas.

—Pero, aun así, todos confiesan que el Amor es un gran dios —repuso Sócrates.

—¿Todos los doctos o todos los ignorantes? ¿A quién te refieres? —preguntó Diotima.

—A todos por igual.

—¿Y cómo han de confesar que es un gran dios los que afirman que ni es dios siquiera?

—dijo ella riéndose.

—¿Quiénes lo afirman?

—Uno...que eres tú. Y otra...que soy yo.

—¿Por qué dices eso?

—Vas a verlo —continuó la mujer—. ¿No dices que todos los dioses son bellos y dichosos? ¿O te atreves a decir que alguno de ellos no es ni lo uno ni lo otro?

—¡Por Zeus! —exclamó Sócrates.

—¿Y no llamamos dichosos a los que poseen cosas buenas y bellas?

—Desde luego.

—Pues bien —dijo Diotima—; has dicho que el Amor, por carecer de lo bueno y lo bello, desea eso mismo que le falta.

—Sí; lo he dicho.

—¿Y cómo ha de ser un dios el que no participa de lo uno y de lo otro?

—Claro, según parece.

—Luego tú tampoco tienes por dios al Amor —afirmó la mujer.

—Entonces, ¿será mortal? —preguntó Sócrates.

—De ningún modo.

—¿Qué podrá ser?

—Pues, como antes dijimos...un medio entre mortal e inmortal.

—¿Y qué cosa es?

—Un gran genio, Sócrates, porque todo genio es un ser intermedio entre dios y mortal.

—¿Y qué poder tiene?

—El de servir de intérprete —continuó Diotima— y transmitir a los dioses los deseos de los hombres, y a los hombres las voluntades de los dioses. De parte de los hombres, las súplicas y los sacrificios; y de parte de los dioses, los mandatos y las remuneraciones por los sacrificios. Encontrándose el Amor entre unos y otros, llena un vacío, de modo que todo el conjunto de los seres forma entre sí un todo. Por medio de él viene todo el arte de la adivinación y el de los sacerdotes, respecto a los sacrificios, iniciaciones, encantos, predicción y magia. La naturaleza divina, como no entra nunca en comunicación directa con el hombre, se sirve de los genios para relacionarse con él, ya en la vigilia, ya en el sueño. El que es sabio en todas estas cosas, es genial, y el que es hábil en todo lo demás, en las artes y en los oficios es un simple artesano. Los genios son muchos y de muchas clases, y el Amor es uno de ellos.

—¿Quiénes han sido sus padres? —preguntó Sócrates.

—Largo será de contar, pero trataré de hacerlo —repuso Diotima—. Cuando nació Afrodita, los dioses celebraron un festín en el que se halló, entre otros, el potentado Poros (la Abundancia), hijo de Metis (la Prudencia). Al final acudió Penia (la Pobreza) a solicitar las sobras. Poros, embriagado por el néctar, porque el vino no existía aún, con los ojos cargados de cansancio, salió a los jardines de Zeus y quedó dormido. Penia, empujada por su miseria, concibió el tener un hijo de Poros y yació a su lado, engendrando así al Amor, que por haber sido engendrado el mismo día del nacimiento de Afrodita ama lo bello por naturaleza y a Afrodita, que es bella, haciéndose servidor y compañero de la diosa.

»Y, desde entonces, como hijo de Poros y de Penia, ¿cuál ha sido su destino? Por una parte, es siempre pobre y lejos de ser bello y delicado, como se cree generalmente, es flaco, desaseado, con los pies descalzos, sin domicilio, sin más lecho que la tierra, sin tener con qué cubrirse, durmiendo bajo la luna, junto a una puerta o en las calles; en fin, lo mismo que su madre, está siempre peleando con la miseria. Por otra parte, según el natural de su padre, siempre está al acecho de lo que es bello y bueno; es varonil, atrevido, perseverante, cazador astuto; ansioso de saber, siempre maquinando algún artificio, aprendiendo con facilidad, filosofando sin cesar, encantador, mágico, sofista. Como tal no es mortal ni inmortal; en un mismo día aparece floreciente y lleno de vida, mientras está en la abundancia, y después se extingue para volver a revivir, según lo que tiene por parte de su padre. Todo lo que adquiere lo disipa sin cesar, de modo que nunca es rico ni pobre. Ocupa un lugar medio entre la sabiduría y la ignorancia.

»La razón de esto es la siguiente: ninguno de los dioses filosofa ni desea ser sabio; son sabios ya, y ninguno que sea sabio filosofa. Los ignorantes, por otro lado, ni filosofan ni desean ser sabios, porque lo peor que tiene la ignorancia es que hace que el que no es honesto, ni bueno, ni sabio crea que es todo eso; y por lo mismo que no se cree falto de una cosa, no desea lo que juzga que ya tiene.

—¿Quiénes son entonces, Diotima, los que filosofan, si no son los sabios ni los ignorantes? —intervino Sócrates.

—Los que ocupan un lugar medio entre ambos, y a esta clase pertenece el Amor. Es una cosa que saben hasta los niños. Es la sabiduría una de las cosas más bellas y el Amor es amar a lo bello; de modo que el Amor necesariamente es filósofo, y siéndolo, está entre el sabio y el ignorante. Y la razón de ello es su origen, pues procede de un padre sabio y opulento y de una madre que no es una cosa ni otra. Tal es, amigo Sócrates, la naturaleza de este genio. Y no extraño que hayas concebido otra idea del Amor, porque creías, según adivino por lo que has dicho, que el Amor era el amado, no el amante. Por eso te había parecido tan bello el Amor; porque lo que es digno de amor,

es bello, tierno, perfecto y dichoso; pero otra diferente es la idea del que ama, que es como he dicho.

—Hablas perfectamente —dijo Sócrates—; más siendo así el Amor, ¿qué utilidad presta al hombre?

—Esto es lo que trataré de enseñarte ahora —continuó Diotima—. Nosotros conocemos el origen y las cualidades de este genio; sabemos que es como has dicho que es el Amor a la belleza. Y, sin embargo, si alguno nos preguntase: «¿Por qué, Sócrates y Diotima, el Amor es amor a lo bello?» O de otro modo: «El que ama la belleza, ¿qué es lo que desea?»

—Poseerla —contestó el maestro.

—Esa respuesta hace necesaria otra pregunta —dijo Diotima—: ¿Qué tendrá aquel que llegue a poseer la belleza?

—No sé, por el momento, qué contestar a esa pregunta.

—Si en vez de la palabra belleza pusiese la palabra bien, qué dirías si te preguntase: ¿Qué ama, Sócrates, el que desea el bien?

—Ama su posesión.

—¿Y qué tendrá el que posea el bien?

—La respuesta es sencilla: será feliz.

—Perfectamente —continuó Diotima—. Por la posesión del bien son felices los que lo son, y no hay necesidad de preguntar para qué quiere ser feliz el que desea serlo, sino que parece que la respuesta tiene ya el fin.

—Es verdad.

—¿Pero crees que este deseo y este amor son comunes a todos los hombres y que quieren siempre poseer lo que es bueno?

—Creo que ese deseo y ese amor son comunes a todos los hombres —contestó Sócrates.

—¿Pues por qué si todos aman las mismas cosas y las aman siempre, no decimos de todos que aman? ¿Por qué decimos de unos que aman y de otros que no? —siguió preguntando Diotima.

—Me sorprende también.

—No hay que sorprenderse. Nosotros distinguimos una manera particular de amar que llamamos, en general, *amar* y usamos diferentes designaciones para indicar las demás maneras de amar.

—Veamos un ejemplo.

—Helo aquí. Tú sabes que la palabra *creación* tiene diferentes acepciones. En general significa toda acción que hace pasar una cosa del no ser al ser. Así los trabajos de todo arte son *creaciones* o *poesías*, y los artesanos de cualquier oficio, *creadores*, *poetas*.

Sócrates asentía mientras Diotima continuaba su explicación:

—Pero sabes, sin embargo, que no se llama a todos los artesanos *creadores* o *poetas* y que se los designa por diferentes nombres. Que de todo lo que es *poesía*, la parte que se ocupa de la música y el arte del verso es la que ha recibido el nombre de todo el género. Solamente a ella se llama Poesía, y los que se dedican a la misma se les llama *poetas*.

—Es verdad.

—Lo mismo ocurre con la palabra *amor*. Significa, en un sentido amplio, el deseo universal de cuanto es bueno y nos hace dichosos: el amor más grande y seductor. Pero de todos los que tienden a satisfacer diversamente este deseo, hombres enamorados de los negocios, de la gimnasia, de la filosofía, no se dice que aman ni se les llama amantes. Únicamente a los que se entregan a una especie determinada de amor se les da el nombre de todo el género y se les aplica las palabras *amor*, *amar* y *amantes*.

»Es un dicho común que los que buscan su propia mitad son los que aman. Yo creo que el Amor no es el deseo ni de la mitad ni del todo, a no ser, amigo mío, que los encuentren buenos. Así es como consentimos que nos corten los brazos o los pies cuando nos son perjudiciales. Y no es, creo yo, lo propio, lo que cada uno ama, a no ser que uno llame propio y suyo a todo lo que es bueno, y ajeno a todo lo que es malo; porque los hombres no aman ninguna cosa más que el bien. ¿No te parece?

—¡Por Zeus, que sí! —respondió Sócrates.

—¿Y no es esto decir sencillamente que los hombres aman el bien?

—Seguramente.

—¿No podremos añadir que también aman la posesión del bien?

—Hay que añadirlo.

—¿Y también que desean poseerlo, pero poseerlo siempre?

Sócrates estuvo de acuerdo.

—Luego el Amor, en suma, es el deseo de poseer siempre el bien.

—Nada más cierto —afirmó Sócrates y Diotima continuó hablando.

—Pues siendo en general eso el Amor, ¿de qué modo ir en persecución del bien y en qué obra el esfuerzo y perseverancia recibe especialmente el nombre de amor? ¿Qué obra es esa? ¿Puedes decírmelo?

—Si pudiera responderte, Diotima —dijo Sócrates—, ni admiraría tu sabiduría ni hubiera venido a ti para aprenderlo.

—Te lo diré. Hay una generación corporal en lo bello, como la hay espiritual.

—No comprendo lo que dices —repuso Sócrates—; tendría que ser adivino para ello.

Entonces la mujer dijo:

—Me explicaré más claramente. Todos los hombres, Sócrates, pueden engendrar con la carne y con el espíritu; al llegar a cierta edad su naturaleza, sienten el deseo de parir; pero no pueden dar a luz en lo feo, sino exclusivamente en lo bello. La unión del hombre con la mujer es una producción, y una producción divina, pues la fecundación y la generación es lo que aseguran la inmortalidad a todos los seres vivos y sujetos a la muerte. Semejantes efectos no podrían realizarse en lo que no es armónico. Lo feo está en desacuerdo con todo lo divino; pero lo bello es armónico. La belleza hace en la generación lo que Moira e Ilitía. Por esta razón, cuando lo que concibe tiene comercio con lo bello, se llena de contento y de gozo, se dilata, produce y engendra; y cuando el comercio es con lo feo, de tristeza y de dolor se contrae, se retira, se aparta y no engendra, reteniendo con dolor el germen que guarda. De ahí que el que es fecundo y siente vivos deseos amorosos busque lo que es bello para librarse del tremendo dolor de engendrar que le posee. El objeto del amor, Sócrates, no es amor de lo bello como imaginas.

—¿Pues qué es?

—Amor de engendrar y de producir en lo bello —respondió Diotima.

Sócrates continuó preguntando a la mujer:

—¿Y por qué es amor de la generación?

—Porque la generación es —respondió ella— para el ser mortal lo eterno e inmortal, y según hemos dicho es de necesidad que deseemos la inmortalidad en el bien, si es que el amor consiste en el deseo de poseer el bien siempre. Nuestras propias palabras prueban, pues, que al Amor es asimismo amor de la inmortalidad.

»¿Cuál crees, Sócrates, que es la causa de este amor y de este deseo? ¿No has observado de qué vehemencia se revisten todos los animales cuando desean engendrar? Aves y cuadrúpedos, todos están como enfermos y poseídos de amor; primero por emparejarse y luego para alimentar a los hijos, disponiéndose, los más débiles, a luchar con los más fuertes y a morir por defenderlos, a resistir el hambre por alimentarlos y hacer todo género de sacrificios. Los hombres pueden hacer todo eso por raciocinio; pero los animales, ¿de dónde sacan sus solicitudes amorosas? ¿Puedes explicármelo?

Mientras Sócrates negaba, Diotima prosiguió:

—¿Y piensas conocer a fondo la ciencia de los amores sin saber esas cosas?

—¡Diotima! —protestó Sócrates— Ya dije antes que vengo aquí porque necesito maestros. Explícame la causa de esto y todas las demás cosas que se refieren al Amor.

—Si crees —dijo Diotima— que el objeto natural del Amor es lo que hemos dicho muchas veces, no te sorprenderás. Porque aquí, en virtud del mismo principio que en lo

precedente, la naturaleza mortal tiende a perpetuarse en cuanto puede y a immortalizarse, siendo para ello el único medio la generación, que deja tras de sí siempre un ser nuevo en vez de uno viejo. Efectivamente, se dice de un animal vivo que siempre es el mismo, desde que es pequeño hasta que se hace viejo; sin embargo, jamás tiene dentro de sí lo mismo. Continuamente pierde unas partes y adquiere otras, y eso pasa en el cabello, en la carne, en los huesos, en la sangre y en todo el cuerpo. Y no sólo se renueva su cuerpo, sino sus hábitos, costumbres, opiniones, deseos, placeres, dolores, temores; todas y cada una de estas cosas jamás son las mismas en el individuo, sino que nacen unas y perecen otras. Y es todavía mucho más extraño esto que nuestros conocimientos cambien, no sólo porque adquirimos unos y perdemos otros, y jamás somos los mismos en orden a los conocimientos, sino que cada uno de ellos pasa por las mismas vicisitudes. Porque lo que se llama meditar supone que ha salido de nosotros un conocimiento. El olvido es la salida o la pérdida de un conocimiento pero la meditación, suscitando otra vez una nueva memoria, en vez de la que se perdió, conserva aquel conocimiento, de manera que parece que es el mismo. Así es como se conserva todo lo mortal, no porque sea siempre y absolutamente lo mismo, como es lo divino, sino porque lo que envejece y se va deja siempre tras sí otro individuo nuevo semejante a sí mismo. He aquí por qué medio, Sócrates, todo lo que nace mortal participa de la inmortalidad, tanto el cuerpo como las demás cosas. La inmortalidad es imposible para él de otro modo. No te sorprendas ya de que todos los seres, por natural instinto, estimen su propio germen, porque en todo existe la misma solicitud y el mismo amor por alcanzar la inmortalidad.

Sócrates se mostró admirado y reflexivo. Entonces preguntó:

—¡Bien, sapientísima Diotima! ¿Es esto verdaderamente así?

—No lo dudes, Sócrates —respondió Diotima—. Si quieres reflexionar, desde luego, sobre el deseo de gloria de los hombres, te sorprenderás de su inconsecuencia con los principios que hemos sentado, a menos que pienses con qué vehemencia son agitados por el deseo de hacer célebre su nombre y hacerse inmortales, disponiéndose a arrostrar todos los peligros, más aún que por los hijos, consumiendo su fortuna, padeciendo mil trabajos y llegando hasta la muerte por conseguirlo.

»¿Crees que Alceste habría muerto en lugar de Admeto, o Aquiles por vengar a Patrodo, o que nuestro rey Codro, por asegurar el reinado de sus hijos, si no hubiese creído que sería inmortal el recuerdo de su valor que aun conservamos? Muy lejos de ello, creo que todos obran así por la memoria imperecedera de su virtud y por tan ilustre fama y, cuanto mejores son, más esfuerzos hacen, porque aman la inmortalidad.

»Aquellos que son grandes en cuanto al cuerpo, se inclinan más bien a las mujeres, y su amor consiste en asegurarse por la procreación de hijos la inmortalidad, la

perpetuación de su nombre y, también, una felicidad perdurable. Pero los que son fecundos en cuanto al espíritu... porque hay hombres que tienen un alma más prolífica que el cuerpo para las cosas, conciben lo que conviene al alma haber concebido y concebir. ¿Y qué es lo que le conviene concebir? La prudencia y las demás virtudes, de las cuales son generadores todos los poetas y todos los artistas dotados de genio creador. Pero la prudencia más bella y mejor de todas es la que se refiere al buen orden y régimen de la ciudad y de la familia, y a la cual se da el nombre de templanza y justicia. »Cuando un joven lleva desde su infancia en el alma el germen de estas virtudes, al llegar a la edad madura siente el deseo de crear y producir. Busca por todas partes un ser bello en que engendrar, porque un feo nunca engendrará. Como está lleno de este deseo, prefiere los cuerpos bellos a los feos y si además concurre con tal belleza un alma bella, noble y de buena índole, entonces acoge con entero contento ambas bellezas. Este hombre encuentra luego abundancia de recursos para discurrir sobre la virtud y trata de instruirse acerca de lo que debe ser el hombre bueno y de lo que debe ser objeto de su cuidado. Así, por el contacto y la familiaridad con la belleza, engendra y hace fecundo el germen de que hace tiempo estaba llena su alma. Está siempre pensando en él, esté presente o ausente, y nutre en común con su amado el fruto que engendró. Entonces la afinidad y el afecto que relaciona entre sí a estos dos seres son mucho más grandes y más fuertes de los que pueden sujetarles a un hogar, porque están unidos para procrear hijos mucho más inmortales y hermosos. Cualquiera preferiría haber engendrado semejantes hijos, más que hijos de carne y hueso, y miraría con noble emulación a Homero, a Hesíodo y a otros buenos poetas, atendiendo a las producciones que han dejado, ya que, siendo ellas por sí inmortales, prestan a sus autores una gloria y fama inmortal; hijos como los que dejó Licurgo, que fueron los salvadores de Lacedemonia y de toda la Grecia. También Solón es honrado entre nosotros como padre de sus leyes y otros varones, en otras muchas partes, así entre los griegos como entre los bárbaros, que mostraron al mundo muchas y muy bellas obras y engendraron virtudes de todo género. Por tales hijos se han erigido numerosos templos, lo que no se ha hecho en ninguna parte por engendrar hijos de carne.

»Quizá, Sócrates, puedas tú mismo iniciarte en estos primeros misterios del Amor; pero no sé si serás capaz de hacerlo respecto de los grados supremos y la revelación de los arcanos mayores, a cuyo fin están dispuestos aquéllos por vía de iniciación. Yo, por mi parte, te enseñaré y no quedará por falta de solicitud; pero sígueme si eres capaz de ello.

»Conviene que el que quiera proceder con acierto en este negocio comience desde joven a dirigirse a los cuerpos bellos y que, en primer lugar, si su guía le dirige bien, que ame sólo un cuerpo y lo fecunde con hermosas máximas. Luego debe comprender en

seguida que la belleza que hay en un cuerpo es hermana de la que hay en otro y, si ha de ir en persecución de la belleza, de su idea misma, sería mucha necedad no considerar como una sola y misma belleza la que existe en todos los demás. Penetrado de este pensamiento, debe entonces amar a todos los cuerpos bellos y cederá en la vehemencia de su amor a uno solo, despreciando y teniendo en poco este amor exclusivo. Después de esto debe reputar la belleza del alma superior a la del cuerpo, de modo que si encuentra un alma convenientemente dispuesta, aunque su carne no sea de gran hermosura, debe bastar para atraer su amor y solícitos cuidados y excitarle a producir bellas máximas y buscar los razonamientos más a propósito para mejorar a los jóvenes, a fin de que precisado a contemplar la belleza en las acciones y en las leyes, conozca que toda belleza es congénere consigo misma, para que estime en poca cosa la belleza de la carne. De la contemplación de las acciones se elevará a la de las ciencias para percibir en ella la belleza particular, y dirigiendo su mirada a una más amplia belleza, no será ya en adelante esclavo vil y humilde de un joven bello, de un hombre o de una sola acción, sino que, volviéndose a contemplar la vastedad de la belleza, produzca numerosos, bellos y magníficos discursos en una abundante y rica filosofía, hasta que su espíritu, robusteciéndose y creciendo en ella, llegue a la única contemplación de una ciencia: la ciencia única de la belleza.

»Procura ahora, Sócrates, prestarme la mayor atención posible. El que haya sido guiado en los misterios del Amor hasta el punto en que estamos, el de la contemplación metódica y exacta de las bellezas particulares, al llegar al supremo grado de su iniciación, observará de pronto una belleza de naturaleza admirabilísima; ésta es, Sócrates, aquella por la que han sido todas nuestras precedentes fatigas: belleza eterna, increada, imperecedera, ejemplo de crecimiento y disminución; belleza que no es bella por esto y fea por lo otro, en un tiempo sí y en otro no, con relación a una cosa, y no con relación a otra; bella para unos y fea para otros. No se le representará la belleza como una cara, ni con manos o como cualquier forma corpórea. Tampoco como un pensamiento, ni como una ciencia determinada, ni residiendo en otra cosa que ella misma, en un animal, en la tierra, en el cielo o en otra parte cualquiera, sino que subsiste ella en sí misma, eternamente idéntica consigo; belleza de la que participan todas las demás bellezas de modo que, aunque nazcan o perezcan cada una, no por eso la belleza es mayor, ni menor, ni sufre variación alguna. Cuando uno, por un amor bien entendido a la juventud, ascendiendo comienza a ver aquella belleza, ya está a punto de llegar al fin, alcanzando la revelación de los misterios del Amor. Efectivamente, el verdadero método para iniciarse por uno mismo en el Amor o para ser iniciado por otro en él, es comenzar por amar las bellezas inferiores para elevarse en seguida al amor de la Suprema Belleza, franqueando, como escalones, todos los grados de esta ascensión,

pasando desde uno a dos, desde dos a todos los cuerpos bellos, desde éstos a las bellas acciones y desde éstas a los conocimientos bellos, hasta que de conocimiento en conocimiento acaba por conocer la ciencia que tiene por objeto la belleza en sí misma, y conoce, por último, lo que es la Belleza.

»Si la vida para el hombre, ¡oh querido Sócrates!, vale la pena ser vivida, es en este momento en que contempla la Belleza absoluta. Si la llegas a ver alguna vez, te parecerá que es mucho más preciada que el oro y los suntuosos vestidos de los jóvenes y bellos muchachos que tanto te embelesan, hasta el punto de considerarlos tus amantes y vivir cerca de ellos eternamente, si fuese posible, sin comer, sin beber, sólo contemplándolos y en su compañía. ¿Qué pensarías tú de aquel a quien le fuera dado contemplar la Belleza pura, simple, sin mezcla, no revestida de carne ni colores humanos, sino bella en sí, divina y uniforme? ¿Piensas que sería vida despreciable para un mortal tener los ojos fijos sobre esa Belleza y vivir en la contemplación y comunicación con tal objeto? ¿No comprendes que sólo entonces, cuando vea la Belleza con el único órgano con que es visible, será cuando produzca, no imágenes de virtudes (pues no son imágenes las que percibe), sino verdaderas virtudes, porque la verdad es lo que alcanza su inteligencia?; y el que produce verdaderas virtudes y las cultiva viene a ser querido de Zeus, y que si algún hombre ha de llegar a ser inmortal ese vendrá a serlo —concluyó Diotima.

ESCENA QUINTA

En casa de Agatón, todos los presentes escucharon con atención el relato de Sócrates sobre la conversación que mantuvo con Diotima. Sócrates continuó diciendo:

—Tales fueron, ¡oh Fedro y demás amigos que me escucháis!, las palabras de Diotima. Ellas me persuadieron, y yo me esfuerzo en persuadir, por ello, a los demás, de que ninguno hallará fácilmente otro auxiliar más poderoso que el Amor para que la naturaleza humana llegue a la posesión de este bien. Yo, por mi parte, afirmo así que todo hombre debe honrar al Amor; por ello tengo en gran estima las cosas del amor, las ejercito con singular preferencia, exhorto a ello a los demás, y ahora y siempre encomio cuanto puedo su poder y su fuerza. Considera, Fedro, este discurso como un elogio del Amor, si lo quieres llamar así, o llámalo si quieres de otro modo.

Todos los comensales alabaron a Sócrates y, mientras Aristófanes se levantaba para tomar la palabra, se oyeron golpes fuera de la sala, rumor de gentes alegres y embriagadas y el eco de una flautista. Agatón se dirigió a los esclavos:

—Muchachos; ved quién es. Si es alguno de nuestros amigos, decidle que entre; pero si no, decid que ya hemos acabado de beber y estamos descansando.

Desde el atrio llegó la voz de Alcibíades junto a ruido de disputas y confusión. Éste apareció de pronto en la puerta coronado de yedra y violetas, sostenido por una flautista y algunos compañeros y en lamentable estado de embriaguez. Se detuvo en la entrada y se dirigió a los presentes:

—Saludo a los amigos. ¿Admitís a beber con vosotros a un hombre completamente ebrio o nos marchamos después de haber coronado a Agatón, que es a lo que venimos? »Ayer no pude venir, y por eso vengo hoy con estas bandas en la cabeza, que pasarán a ceñir luego la del que, si así puedo decirlo, es el más sabio y hermoso de los hombres. ¿Os reís de mí porque estoy borracho? Pues, aunque os riais, yo sé que digo la verdad. Pero contestadme: ¿Permitís que penetre con las condiciones dichas o no? ¿Queréis que bebamos juntos?

Los presentes prorrumpieron en aclamaciones y le exhortaron a entrar y a sentarse con ellos.

—Aquí, a mi lado —le dijo Agatón.

Alcibíades se adelantó, apoyado en los compañeros que lo sostenían, despojándose de las vendas que llevaba en la cabeza para coronar con ellas a Agatón. Sócrates le hizo sitio y así Alcibíades pudo felicitar y coronar al anfitrión, que dijo:

—¡Muchachos!, despojad del calzado a Alcibíades para que sea el tercero en este triclinio.

—Muy bien —dijo Alcibíades—. Pero ¿quién es el tercero de vosotros? —se volvió y al ver a Sócrates dio un respingo— ¡Por Heracles! ¿Qué es esto? ¿Estabas tú aquí? ¿Emboscado así, para aparecer de repente, como de costumbre, donde menos podía yo pensar que estuvieses? Bien; ¿y a qué has venido? ¿Por qué ocupas este lugar, y en vez de estar al lado de Aristófanes o de cualquier otro burlón, o que trate de serlo, has procurado por todos los medios sentarte al lado del hombre más hermoso que hay en el salón?

—Defiéndeme —dijo Sócrates, dirigiéndose a Agatón en voz baja—. El amor de este hombre me pone en gran apuro, pues desde que comencé a amarle no me permite mirar a ningún hombre hermoso, ni hablar con él, sin que, movido de celos y envidia, haga las cosas más estupendas, me injurie y falte poco para pegarme. Procura que no haga nada de eso; reconcílianos, y si trata de hacer algo violento, defiéndeme, porque su furor y sus arrebatos amorosos me hacen temblar.

—No hay reconciliación posible entre nosotros —dijo Alcibíades dirigiéndose también a Agatón—. Pero, en fin, yo aplazo mi venganza para más adelante. Ahora dame, Agatón, tus bandas para coronar también la admirable cabeza de este hombre. No quiero que

me reproche luego no haberle coronado cuando ha vencido por sus discursos a todos los hombres, no sólo anteayer, como tú, sino siempre.

Alcibíades tomó algunas de las vendas que había usado para coronar antes a Agatón y ciñó con ellas la cabeza de Sócrates mientras continuaba hablando:

—Amigos míos; parece que estáis muy sobrios, y no puedo consentirlo. Es preciso beber, porque es lo convenido. Me proclamo, pues, a mí mismo el rey del vino hasta que hayáis bebido cuanto se deba beber. Si hay algún vaso grande, que lo traigan, Agatón; pero no hace falta. Muchacho —llamó a un esclavo—, trae esa taza magnífica que veo ahí.

El esclavo aludido cogió la taza, con una capacidad de unos dos litros, que le había señalado Alcibíades. Éste bebió en ella y, una vez fue llenada de nuevo, se la pasó a Sócrates diciendo:

—Esta estratagema, amigos míos, no me vale contra Sócrates, porque puede beber cuanto se le mande sin que llegue a embriagarse nunca.

Sócrates bebió y Erixímaco tomó la palabra:

—¿Qué vamos a hacer Alcibíades? ¿Vamos a pasarnos así bebiendo sin hablar ni cantar un poco? ¿Es que estamos verdaderamente sedientos?

—¡Ah! ¡Erixímaco —contestó Alcibíades—, el mejor de los hijos del mejor y más prudente de los padres, yo te saludo!

—Te correspondo. Pero ¿qué vamos a hacer?

—Lo que mandes; no hay más remedio que obedecerte, porque «por muchos hombres juntos vale un médico». Manda lo que quieras.

—Escucha —le explicó Erixímaco—. Antes de que vinieses convinimos que cada uno, por turno, de izquierda a derecha, pronunciara, lo mejor que le fuese posible, un elogio del Amor. Todos lo hemos hecho ya, y justo es que tú lo hagas, que no has dicho nada, pero que has bebido. Cuando hayas hablado ordena a Sócrates lo que quieras; éste lo hará con el de su derecha, y así todos los demás.

—Está bien, Erixímaco —dijo Alcibíades—; pero no es equitativo que un hombre ebrio parangone su discurso con los de hombres sobrios y serenos. Y, además, ¡oh bienaventurado varón! ¿acaso te ha persuadido Sócrates de lo que ahora poco ha dicho? ¿No sabes que es todo lo contrario de lo que él decía? Si en su presencia me atreviese yo a alabar a otro distinto a él, lo mismo fuese dios que hombre, no dejaría de poner sus manos sobre mí.

—¡Comienza con buen augurio! —intervino Sócrates.

—Por Poseidón —continuó Alcibíades—, no repliques a esto, porque no podría yo alabar a otro estando tú presente.

Erixímaco, queriendo zanjar la cuestión, dijo:

—¡Sea! Haznos, si te parece, el elogio de Sócrates.

—¿Qué dices? —se sorprendió Alcibíades— ¿Te parece que conviene que lo haga? ¿Acometeré a este hombre y me vengaré de él delante de vosotros?

Sócrates se dirigió a Alcibíades y le dijo:

—¿Qué piensas hacer? ¿Vas a elogiarme en sentido burlesco? ¿Qué te propones?

—Decir la verdad, si es que lo consientes —dijo éste.

—Consiento que digas la verdad y te exijo que la digas —le respondió Sócrates.

Entonces Alcibíades empezó a hablar:

—Enseguida; pero te ruego que si en algo no la digo me interrumpas, si quieres, y digas que aquello es falso y rectifiques mis errores, porque a sabiendas no he de mentir. Sin embargo, si paso de una cosa a otra, según me venga a la mente, no te sorprendas, porque no es fácil para el que se halla en mi estado exponer con soltura e ingenio tus originalidades. Tendré que recurrir a las imágenes, amigos míos, para hacer el elogio de Sócrates. Tal vez crea éste que es por ridiculizarle; pero mis símiles tienen por objeto la verdad y no la burla.

»Desde luego digo que Sócrates se parece mucho a los silenos que hay en los talleres de los escultores, a los cuales ellos representan con caramillos y flautas, y que si los abris por el medio veréis que tienen dentro las imágenes de los dioses. Y digo más: digo que te pareces especialmente al sátiro Marsias. En cuanto a lo exterior, ni tú mismo puedes dudarle. A la vista está. Por lo que toca al interior, te pregunto: ¿eres un burlón desvergonzado, o no? Si no confiesas, presentaré testigos. ¿No eres también un flautista más admirable que él? Marsias deleitaba a los hombres con las melodías que con sus labios sacaba de los instrumentos, y hoy deleitaría también el que de nuevo las tocara. Y digo Marsias, porque yo creo que lo que se atribuye a Olimpo era de Marsias, porqué éste se lo enseñó. Aquellas melodías, sea bueno o malo el flautista que las toque, tienen por sí solas la virtud de arrebatarnos nuestro ánimo, y, por ser divinas, dicen quiénes son los que tienen necesidad de los dioses y de sus iniciaciones.

»Únicamente te diferencias de Marsias en que, sin instrumentos, sólo con tus discursos, haces lo mismo. Cuando oímos perorar a otros, aunque sean buenos oradores, no nos interesan sus discursos; pero cuando te oímos a ti o a otro que refiere los tuyos, aunque los pronuncie mal, todo el que los oye, mujer, hombre o muchacho, queda sorprendido y cautivado.

»Si no temiese, amigos míos, que me habríais de creer completamente ebrio, os diría, bajo juramento, lo que he experimentado y experimento todavía con los discursos de este hombre. Cuantas veces le oigo, siento palpitar mi corazón con más agitación que la de los coribantes, y se me arrasan los ojos de lágrimas, lo que también acontece a quienes experimentan las mismas emociones. Cuando yo oía a Pericles y a otros

buenos oradores gozaba, desde luego, de su elocuencia; pero no me pasaba nada semejante, ni se turbaba mi alma, ni se indignaba contra sí misma por sentirse servilmente esclavizada. Pero este Marsias me ha puesto muchas veces en tal disposición, que he llegado a creer que vivir como vivo no es vivir. Ahora mismo estoy seguro de que, de prestarle oídos, no podría resistir sin que me volviese a ocurrir semejante cosa.

»Este hombre me obliga a reconocer que, aún y estando yo falto de tantas cualidades, me preocupo, sin embargo, de los intereses de los atenienses. Y he de cerrar por fuerza mis oídos a sus palabras y escapar, como a los cantos de las sirenas, para no quedarme a su lado hasta envejecer. Sólo ante este hombre he experimentado un sentimiento del que no se me creería capaz: la vergüenza. Solamente ante él me lleno de rubor, porque tengo conciencia de que no he de poder contradecirle en lo que mande, aunque al dejarlo ceda yo luego a los favores del pueblo. Huyo de su lado y evito su encuentro, llenándome de vergüenza al volverlo a ver, porque no he cumplido mis promesas. Le vería con gusto desaparecer de las gentes; pero, si esto ocurriera, tengo la seguridad de que sería yo mucho más desgraciado todavía; de modo que no sé cómo tratar a este hombre. He ahí las impresiones que sobre mí y tantos otros ejercen las modulaciones de la flauta de este sátiro.

»Ved ahora cómo se asemeja a aquéllos con quienes le he comparado y qué poder tan admirable tiene. Seguros estáis todos de no conocer a fondo a este hombre. Yo os lo mostraré, ya que he empezado.

»Notad la pasión que Sócrates siente hacia los jóvenes hermosos; ved cómo siempre está entre ellos y hasta qué punto embelesado, y ved también cómo exteriormente parece que todo lo ignora y nada sabe. ¿No son así los silenos de los talleres? Seguramente. Tiene toda su apariencia exterior; pero si abrís su interior, ¿no veis, queridos invitados, cuánta prudencia rebosa? Sabed que no le importa nada que uno sea bello; eso lo desprecia hasta un extremo que no podréis sospecharlo nunca. Tampoco tiene en cuenta la riqueza ni ninguna de esas ventajas que el vulgo celebra. No da ningún valor a esos bienes, como a nosotros que los estimamos, y pasa su vida en una ironía continua, burlándose de los hombres. Pero cuando habla en serio y abre su interior, no sé si alguno ha visto las preciosidades que contiene. Yo las vi hace tiempo y me parecieron tan divinas y de tanto precio, tan bellas y admirables, que es menester hacer al punto lo que demanda Sócrates.

»Creyendo de veras que se interesaba por mi hermosura, lo tuve por una fortuna y pensé que se me presentaba una ocasión excelente para complacerle, oyendo yo de él cuanto sabía. No puede pensarse lo orgulloso que estaba yo con mi hermosura. Con este

pensamiento, renunciando a la costumbre de estar ante él acompañado, me quedaba a solas.

»Os debo toda la verdad, pero prestadme atención, y rectificad, Sócrates, si miento. Me hallaba, ¡oh amigos míos!, a solas con él y creía que al punto me diría aquello que un amante suele decir a su amado cuando se hallan en tal caso, regocijándome con esa esperanza. Pero nada de eso pasó. Sócrates conversó como de costumbre y, después de haber pasado el día conmigo, se marchó. Después de esto le propuse que hiciésemos juntos ejercicios gimnásticos, esperando adelantar algo. Los hicimos; sin testigos luchamos muchas veces. ¿Y para qué decir más? Tampoco adelanté nada. Viendo que por este medio no lograba nada, me pareció que debía acometer con más fuerza y que no debía desistir, ya que había empezado. Como un amante que tiende un lazo a su amado, le invité a cenar conmigo. De primera intención rehusó pero, después de algún tiempo accedió a ello. Cuando aceptó por primera vez, quiso retirarse después de la cena, y en aquella ocasión, por vergüenza, le dejé marchar. Tendí de nuevo mis redes y otra vez, después de haber cenado, prolongué la conversación hasta muy adelantada la noche y cuando quiso ausentarse, pretextando que era tarde, le obligué a quedarse. Se acostó sobre un lecho próximo al mío, sobre el mismo en que había cenado, y nadie más que los dos dormía en aquella habitación.

»Hasta aquí todo puede decirse delante de cualquiera; pero lo que desde aquí en adelante voy a decir no lo oiréis si no fuese porque, como dice el proverbio, los niños y los borrachos dicen las verdades. Sería, además, injusto callar el hecho más relevante de Sócrates cuando estoy haciendo su elogio. Me encuentro también en una situación análoga a la del que ha sido mordido por una víbora. Dicen que el que lo ha sido no quiere decir a nadie su mal, sino a los que también han sido mordidos, porque sólo ellos conocen el mal y le han de perdonar que se atreva a hacer y decir cualquier cosa por efecto del dolor. Pues bien, yo he sido mordido por lo que produce un dolor muy agudo y en la parte más dolorosa que puede ser mordido uno, porque he sido picado y mordido en mi corazón o en el alma, o como quiera llamarse, por los razonamientos de la filosofía, más crueles que las mordeduras de una víbora, cuando se apoderan de un alma joven. Viendo a Fedro, Agatón, Erixímaco, Pausanias, Aristodemo, Aristófanes, sin hablar de Sócrates, y a todos los demás, participando del delirio y manía por la filosofía, no vacilaré en proseguir mi relato, porque perdonaréis mis actos de ayer y mis palabras de hoy. Vosotros, los domésticos, y si hay alguno otro rústico y profano, cerrad vuestros oídos con las puertas más recias y pesadas.

»Una vez apagada la lámpara —continuó Alcibíades— cuando los esclavos se fueron, me pareció que no debía hablarle con ambages, sino decirle con toda libertad lo que pensaba. Y tocándole, dije:

«—¿Duermes, Sócrates?

—No, respondió él.

—¿Sabes lo que he pensado?

—¿Qué?

—Creo —repuse—, que eres el único amante digno de mí y parece que tienes reparo en que llegue este instante. Por mi parte estimo que sería una sinrazón no complacerte, así en esto como en cualquier otra cosa que necesites de mi fortuna o de mis amigos. Nada más arraigado hay en mí que el deseo de perfeccionarme y pienso que a este fin no hay auxiliar más a propósito que tú. Me avergonzaría más de las censuras de los hombres sensatos por no complacer a un hombre como tú, que de las de los necios y el vulgo por haberte complacido.

Cuando oyó esto, con la ironía y vivacidad que le son peculiares, dijo:

—¡Oh, querido Alcibíades! Me parece, de veras, que no eres ningún necio si es verdad lo que dices de mí y si verdaderamente tengo la facultad de mejorarte. Para que así sea es preciso que hayas visto en mí una belleza maravillosa e infinitamente superior a la hermosura de tu juventud. Si ese conocimiento te lleva a comunicar conmigo y a cambiar belleza por belleza, es que piensas obtener más ganancia que yo, y no poca; pues en vez de belleza aparente pretendes poseer belleza verdadera y, en realidad, piensas cambiar cobre por oro. Pero ¡Oh afortunado joven!, reflexiónalo bien, no sea que se te haya ocultado que nada valgo. Los ojos del entendimiento no comienzan a ver con más penetración, sino cuando los del cuerpo se debilitan y tú no estás en esa edad todavía.

—Tales son, sin embargo, mis sentimientos —repuse—; resuelve por tu parte lo que juzgues mejor para ambos.

—En eso dices bien —respondió—, porque en lo sucesivo deliberaremos de común acuerdo y haremos lo que mejor nos parezca, así en esto como en lo demás.»

»Después de esta conversación —continuó contando Alcibíades—, juzgándole como traspasado por un dardo, me levanté y sin permitirle decir una palabra más me envolví en este manto, pues era invierno, me recliné sobre el miserable de este hombre, y tendiendo mis brazos en torno de este varón, verdaderamente divino y admirable, pasé a su lado toda la noche. Y en esto tampoco dirás, Sócrates, que miento. Hasta tal grado, a pesar de haber hecho todo esto, triunfó Sócrates de mi hermosura, la despreció, se burló de ella y la ultrajó; y sin embargo creía yo que era de algún valor, ¡oh, jueces!, porque jueces sois de esta soberbia de Sócrates. Tened por cierto, y lo juro por los dioses y las diosas, que después de haber dormido con Sócrates me levanté como lo hubiera hecho con mi padre o un hermano mayor.

»Desde entonces comprenderéis cuáles han debido ser mis sentimientos frente a él. De un lado, me veía despreciado; de otro, admiraba su carácter, su templanza y su

fortaleza. Pensaba que había encontrado un hombre como no podía hallarse otro ninguno ni en prudencia, ni en imperio sobre sí. Con tales pensamientos no podía irritarme contra él y privarme de su trato ni buscar medio de reducirle. Sabía perfectamente que era mucho más invulnerable a las riquezas que Áyax a la lanza, y veía que me había frustrado también el único medio por el que había pensado cautivarle. No sabía qué hacer y erraba en torno suyo subyugado por él como jamás lo ha sido nadie por hombre alguno. Tales fueron mis relaciones con él cuando hubimos de hacer la expedición a Potidea, encontrándonos como camaradas. Allí, en el resistir de las fatigas, no sólo me superaba a mí, sino a todos los demás. Cuando nos veíamos reducidos a no tener qué comer, como suele ocurrir en campaña, nadie le igualaba en soportarlo con valor. En los casos de abundancia era también el único en saber sacar partido; él, que de ordinario se abstenía de beber, cuando se le obligaba aventajaba a todos, y lo más sorprendente es que ninguno le ha visto ebrio jamás. Esto lo vais a comprobar muy pronto. Por lo que hace a soportar los rigores del frío (y allí eran muy crudos los inviernos) hacía cosas que maravillaban. Cuando las heladas eran más fuertes y todos los demás, o no salían de sus tiendas o, de hacerlo, iban bien abrigados y con los pies envueltos en telas de fieltro o en pieles de cordero, Sócrates salía y entraba con el mismo manto de costumbre, con los pies descalzos sobre el hielo, con la misma facilidad que los demás que iban calzados, y hasta los soldados, creyendo que quería despreciarlos, le miraban de reojo. Tal fue Sócrates en Potidea.

»Mas ved también lo que hizo este valiente. En una ocasión, como le vino a la mente un pensamiento, se puso a meditar desde la aurora, y no habiendo obtenido resultado no desistió, sino que permaneció en pie y continuó meditando. Era ya mediodía y los soldados que lo habían advertido se admiraban y decían: «Sócrates está en pie desde la aurora, absorto en una meditación». Por último, cuando ya era de noche, unos soldados jonios, después de cenar, sacaron sus camas al fresco, por entonces verano, y se acostaron; pero al mismo tiempo observaban si Sócrates se pasaba de pie toda la noche. Efectivamente, se mantuvo allí de pie hasta la aurora, y después de salir el sol, adorándole, se retiró.

»¿Queréis saber ahora cómo se comportó este hombre en los combates? Os lo diré, porque es justo darle lo que corresponde. Cuando se dio la batalla, por la cual los estrategas me adjudicaron el premio del valor, yo debí mi salvación a este hombre que, viéndome herido, no quiso abandonarme y me salvó con armas y todo. Yo aconsejé entonces a los estrategas, y no dirás que miento, Sócrates, que te diesen el premio del valor; pero cuando aquéllos, atendiendo más a mi dignidad, querían premiarme a mí, mostraste más empeño que ellos mismos en que fuera yo el premiado y no tú.

»Pero más debe admirarse, amigos míos, a Sócrates cuando nuestro ejército hizo la retirada de Delio. Yo iba a caballo y él a pie. En dispersión estaban ya los soldados y venían juntos Sócrates y Laches; me encontré por casualidad con ellos y, al verlos, les exhorté a que tuviesen buen ánimo, diciéndoles que no les abandonaré. Entonces se me ofreció mejor ocasión que en Potidea de admirar a este hombre, ya que yendo yo a caballo tenía menos que temer. Desde luego observé que Sócrates tenía más serenidad que Laches y además me pareció, ¡oh Aristófanes! (y esta frase es tuya) que también allí, como en Atenas, «marchaba con majestuosa arrogancia y con la mirada torva y fija» mirando con serenidad, ya a los nuestros, ya a los enemigos; mostrando claramente a todos que si alguno se atreviese a atacarle sería rechazado con energía. Gracias a esa actitud, él y su compañero hicieron la retirada de forma segura. En la guerra no se ataca, de ordinario, a los que muestran tal disposición y se persigue, en cambio, a los que huyen en precipitada fuga.

»Podéis añadir en elogio de Sócrates otros muchos hechos análogos; pero por lo que es digno de admiración es porque no se asemeja a ningún hombre, ni antiguo ni moderno. Porque, por ejemplo, con Aquiles se podría comparar a Brasidas, a Nestor con Pericles, a Antenor con otros, y de esta misma manera entre sí a muchos más. Pero un hombre tan original como éste, así en su persona como en su discurso, ni aun buscándolo puede encontrarse que se le aproxime, así entre los pasados como entre los presentes, salvo que se le compare, tanto a él como a sus discursos, como hago yo, no con ningún hombre, sino con los silenos y los sátiros.

»Y esto es precisamente lo que he omitido antes: sus discursos son muy semejantes a los silenos de los escultores, que se abren por el medio. Porque cuando uno oye sus discursos, en los primeros momentos le parecen grotescos, pues están vestidos con tales palabras y frases que son como la piel de un insolente sátiro. Tiene siempre en boca las frases: asno con albarda, herreros, zapateros, curtidores, y parece que dice siempre las mismas cosas con los mismos términos, de modo que cualquier ignorante se reiría de sus discursos. Pero si alguno los ve abiertos y penetra en el fondo de ellos, hallará en primer lugar que entre todos los discursos los suyos tienen un sentido más profundo, verá que son divinos, que contienen muchas imágenes de virtud y que comprenden cuanto conviene que medite el que aspira a ser apuesto y virtuoso.

»Esto es, amigos míos, cuanto tengo que decir en elogio de Sócrates, y también en son de queja, pues en la alabanza a él he mezclado las ofensas que me ha hecho. Pero no solamente ha obrado conmigo así, sino también con Cármides, hijo de Glaucón; con Eutidemo, el de Diocles, y con otros muchos a los cuales engañó aparentando ser amante, llegando a ser así amado. Por lo cual te advierto a ti, Agatón, que no te dejes

engañar también, que te cures en salud, aprendas de lo que he sufrido y no te conduzcas como el necio que, según dice el proverbio, no escarmienta en cabeza ajena.

Todos rieron de la franqueza con que habló Alcibíades que parecía totalmente prendado de amor por Sócrates.

—Me parece, Alcibíades —dijo Sócrates—, que no estás hoy embriagado. De otro modo, no hubieras dado este rodeo con tanta sagacidad y entendimiento, encubriendo el objeto principal, del que de manera casual has hablado al final de tu discurso, como si todo lo que has dicho no fuese encaminado a enemistarnos a Agatón y a mí, porque piensas que sólo debo amarte a ti y no a ningún otro, y que Agatón debe ser amado por ti y no por otro. Pero... no has logrado ocultarlo, pues tu drama satírico y silénico lo ha puesto de manifiesto. Amigo Agatón, obra de modo que éste no obtenga resultado y prepárate para que nadie pueda enemistarnos.

—Acaso sea verdad, Sócrates, lo que dices —intervino Agatón—, y lo sospecho porque Alcibíades vino a sentarse entre ambos para tenernos separados. Pero nada adelantará con eso, porque voy a sentarme a tu lado.

—¡Perfectamente! Ven y siéntate aquí —dijo Sócrates.

—¡Por Zeus! —gritó Alcibíades— ¡Qué cosas tengo que sufrir de este hombre! Cree sin duda que en todo debo ser vencido. Pero permite, admirable Sócrates, que por lo menos Agatón se siente entre los dos.

—¡Imposible! —respondió Sócrates— Tú has hecho mi elogio y yo debo elogiar al que está a mi derecha. Si Agatón se sienta junto a ti, no es justo que él haga también mi elogio antes de ser alabado por mí. Déjalo y no tengas envidia, amigo mío, de que alabe a este joven, porque deseo vivamente hacer su elogio.

—No, no hay medio de que yo permanezca aquí —dijo Agatón—; estoy resuelto a cambiar de asiento para ser alabado por Sócrates.

—¡Esto es lo de siempre! —concluyó la disputa Alcibíades— Estando Sócrates presente, es imposible que ninguno tenga partido entre los jóvenes bellos. Ved con qué facilidad encontró un argumento persuasivo para que Agatón se siente a su lado.

Agatón se dirigía a sentarse al lado de Sócrates, cuando una turba de bebedores penetró en el salón y todos los invitados siguieron bebiendo.

EPÍLOGO

En las afueras de Atenas, Apolodoro estaba terminando de contar la historia del banquete que Aristodemo le había contado:

—Sí; de pronto llegó a las puertas una turba de bebedores, y encontrándolas abiertas, porque salía uno de los invitados, entraron y se sentaron a la mesa. Todo se llenó de confusión y de desorden, y obligaron los irruptores a beber vino sin regla ni medida.

»Erixímaco, Fedro y algún otro se retiraron. Aristodemo, cogido por el sueño, estuvo durmiendo bastante tiempo. Ya sabéis que en esa estación son muy largas las noches, y se despertó al venir el día, cuando ya cantaban los gallos. Al despertarse vio que unos estaban durmiendo y que otros habían desaparecido. Solamente estaban despiertos Agatón, Aristófanes y Sócrates, que bebían por turno, de izquierda a derecha, en una tinaja grande. Sócrates discutía con ellos.

»Aristodemo me dijo que no recordaba los pormenores de la conversación porque, como estaba dormitando, sólo pudo saber de ella al final. El resumen del debate fue que Sócrates obligó a sus interlocutores a confesar que es propio de un mismo hombre saber hacer tragedias y comedias, y que el que tiene talento para ser autor trágico lo tiene también para ser cómico. Forzados a convenir con ello, apenas podían seguir ya la conversación y comenzaban a dormirse. Aristófanes cayó el primero, y Agatón luego, cuando alboreaba; Sócrates, dejándolos dormidos, se levantó y se marchó acompañado por Aristodemo, según su costumbre. Llegó al Liceo, se bañó, dedicó el resto del día a sus quehaceres, y después, al caer la tarde se retiró a descansar.